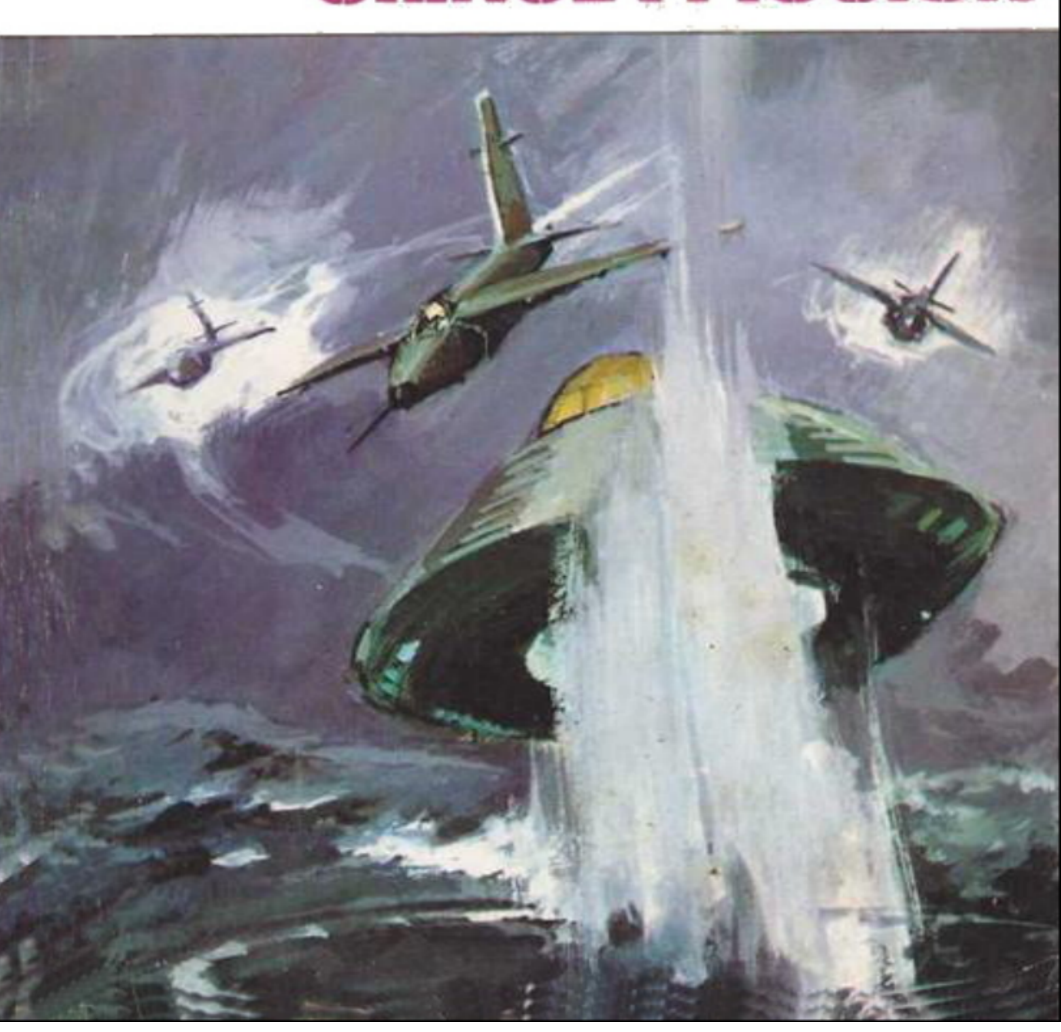
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

SUELDO DIABOLICO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION







SUELDO DIABOLICO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

489 - ¡Sargazos¡, *Curtis Garland*.

490 – La guardia espacial, *Clark Carrados*.

491 – El planeta de los hombres alados, *Joseph Berna*.

492 – Una tumba en el espacio, *Clark Carrados*.

493 – Tierra calcinada, *Ralph Barby*.

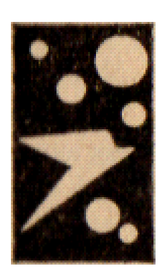
KELLTOM McINTIRE

SUELDO DIABOLICO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 494

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 37.552 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain.*

1ª edición: enero, 1980

© Kelltom McIntire - 1980

texto

© Desilo - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer emergió del agua lentamente.

El primer rayo de sol de la mañana arrancó un relumbre rojizo de sus largos cabellos chorreantes.

Se tambaleó. Estaba totalmente desnuda, a pesar de lo cual no parecía sentir frío. Detrás de ella, una ola se estrelló en los rompientes y la roció con una fría ducha espumosa. El mar estaba muy agitado y las profundidades presentaban una tonalidad verdosa.

La joven escaló lenta y dificultosamente los escarpados acantilados, que rezumaban humedad. Luego alcanzó una plataforma y se introdujo en una caverna de poca profundidad.

Había, allí un gran bolso de plástico, Ella sacó sus ropas con ademanes desmañados y se las puso: una camiseta deportiva, un suéter azul, una falda del mismo color y después los zapatos de flexible suela.

Era muy joven, quizá apenas veinte años. Y verdaderamente hermosa: un rostro ovalado, tostado, frente abombada, cejas bien arqueadas, ojos grises, muy claros, nariz sensitiva, labios gruesos, muy sensuales...

Pero ahora sus facciones estaban transidas de dolor y de... espanto.

¿De dónde venía?

Si hubiera existido un observador, éste pensaría que ella, sencillamente, provenía del mar.

Pero tal cosa era prácticamente imposible con la mar alborotada y

violenta, alterada por olas de seis metros, que venían a estrellarse con fragor contra los erizados rompientes. Sólo el hecho de haber tomado tierra en aquel peligroso lugar parecía ya una temeridad.

¿Habría naufragado en alta mar? **¿O** quizá se trataba de… una espía?

La muchacha cerró su bolso y se puso cansinamente en marcha. A la rojiza luz del amanecer, caminó paso a paso a lo largo de una vereda empinada y alcanzó la parte más elevada del roquedal.

Perfectamente oculto entre dos grandes rocas había un pequeño automóvil utilitario.

La mujer tiró de la portezuela, arrojó el bolso al interior y se sentó al volante. El motor arrancó en seguida y el pequeño vehículo rodó despacio, marcha atrás, hasta alcanzar un terreno más despejado. Desde allí condujo ya a lo Sargo de un camino polvoriento a través de una zona desértica y solitaria. Poco después alcanzaba la autopista.

Parecía trastornada por algún secreto motivo —en dos ocasiones estuvo a punto de rozar a un gran camión articulado—, pero de cuando en cuando se le escapaba una risita entre dientes.

’La calefacción del coche fue secando lentamente sus cabellos, que caían ahora en largos mechones, resecos y pegajosos.

Al llegar a la ciudad, se desvió para tomar un paso elevado y contorneó el centro urbano por la carretera de circunvalación.

Cuando se detuvo en aquella zona de chalets adosados, el sol lucía fuerte en el firmamento.

Un enorme camión estaba estacionado en las inmediaciones. Al bajar, dirigió una desvaída mirada al camión, pero luego tomó su bolso y se dirigió a uno de los chalets.

Moviéndose como una sonámbula, buscó un llavín en el bolso, consiguió introducirlo y abrió la puerta. Luego cerró a su espalda y atravesó un corto pasillo.

Un rudo hombretón de facciones vulgares dormitaba sobre el diván del comedor. El hombre debía tener unos treinta años, vestía un suéter sudado y unos descoloridos pantalones tejanos. Sus botas, llenas de barro, habían manchado el tapizado acrílico del diván.

Como si presintiera la presencia de la mujer, el hombre se rebulló y abrió un ojo. Tosió con fuerza y se incorporó.

—; Al fin! —gruñó, malhumorado—, Cenicienta regresa a su hogar.

La mujer no dijo nada. Le miraba con los brazos caídos y una actitud indiferente. '

El hombre gruñó algo entre dientes, se puso en pie y se desperezó como un oso. Era un individuo membrudo, corpulento, que medía casi dos metros.

—¿No dices nada? —gruñó, destemplado—. Resulta que hace tres meses que no nos vemos y... ni siquiera me diriges una palabra amable. Pero ¿qué diablos te pasa? Pareces... una prostituta que hubiera trabajado sin descanso durante toda la noche.

Ella no se inmutó. El hombre siguió despotricando y cuanto más hablaba, más se iba encolerizando. De repente, caminó hasta la mujer, alzó una enorme mano y la derribó de una tremenda bofetada.

Un hilillo de sangre manó de los labios de la joven, pero ella no hizo nada por restañárselo. Estaba allí, en el suelo, inmóvil e indiferente.

Al ver la sangre, el hombre se ablandó.

—¡Lo siento, lo siento de veras, pequeña Jean! Ven, ven conmigo —la había tomado por la cintura y la llevaba al lavabo—. Yo me cuidaré de ti.

Sacó una toalla de, papel, la humedeció en agua y, amorosamente, fue restañando la pequeña herida del labio.

Entonces él reparó en los cabellos rubios, secos y estropajosos.

—¿Dónde has estado? —la ira se apoderaba de él, a oleadas—. ¿Dónde diablos te has metido durante toda la noche? ¡Maldita sea! ¿Es que a estas alturas me vas a poner los cuernos?

La zarandeaba salvajemente y ella se debatía en los poderosos brazos del hombre como un muñeco desarticulado. En una de sus bruscas mutaciones, él se inclinó, acarició su rostro y la besó en la mejilla,

—Perdóname, soy un bruto; no volveré a pegarte, pero tienes que explicarme dónde has estado —la llevó mimosamente hasta el comedor y la recostó en un sillón—. ¡Por amor de Dios, Jean, tienes que- decirme algo! ¿No ves que estoy muerto de celos?

Era curioso ver a aquel hombretón, duro y musculoso como un cíclope, suplicando de rodillas a la débil mujer.

—Bebí... dema...siado —dijo ella con voz pastosa—. Estaba borracha y fui... a dar un paseo a... orillas del mar...

—¿A orillas del mar? ¿Es que no podías tomar una ducha, simplemente? —barbotó él, sorprendido.

—Fui a... los acantilados. Resbalé y caí al mar. Había mucho oleaje y... estuve a punto de morir ahogada.

El hombre tomó las finas manos de Jean y las besó.

—Conque era eso —musitó, arrebatado—. ¡Y yo te he golpeado...! Pero son los celos, ¡los celos! No puedo aceptar la idea de que otro pudiera poner sus manos sobre ti —se incorporó bruscamente y la miró—. Vas a dejar ese trabajo, ¿me oyes? Ya sé que en la oficina de Bradford hay gente honorable, que no hay peligro... Pero ya 110 es preciso que trabajes más. Durante estos tres meses mi camión apenas ha parado. De San Francisco a Las Vegas, de allí a Kansas City, a San Antonio, a Salt Lake City, a Seattle. He ganado suficiente dinero. Vamos a casamos —anunció con ingenua presunción—. ¿Estás de acuerdo?

—No puede ser, Bert —murmuró ella.

—¡Dios bendito! ¡No puede ser! ¿Quieres explicarme por qué? —chilló. Y se la quedó mirando, como si ella acabase de pronunciar la mayor herejía del mundo.

—No tenemos casa, ni muebles, ni...

—¡Al diablo con todo eso! Viviremos aquí, hasta que podamos tener nuestra propia casa. Y yo pagaré en adelante el alquiler de esta choza. ¡Los muebles! Este mes termino de pagar el camión: en adelante, ríos de «pasta» entrarán en nuestros bolsillos y tú dices que no puede ser... —se lamentó.

La tomó por la cintura, la acarició y la besó en los fríos labios, que sabían a sal. Poco a poco, el hombre su fue enfebreciendo; el deseo,

tantos meses contenido, estalló bruscamente en él.

Vamos, vamos a la casa —susurró.

Pero ella se resistió.

Lo siento, Bert. No puede ser… hoy —dijo.

Bert la contempló de hito en hito, como si sospechase que ella estaba burlándose. Tres meses de abstinencia y ahora ella se negaba. Pero de repente lo comprendió y estalló en una carcajada.

—Ah, ya entiendo: el período. Maldita sea, ¿por qué tiene que coincidir «eso» precisamente con el día en que vuelvo a San Francisco? —la furia volvía otra vez. Dejó caer los brazos y suspiró—. Está bien, lo dejaremos… Escucha, voy a llevar manzanas a Las Vegas, pero sólo serán tres días. Espero que para entonces todo esté en orden.

Volvió a arrodillarse ante ella; parecía contrito y humilde.

—Escúchame, Jean. Soy un hombre como los demás… Y hay chicas bonitas en los bares de la ruta, pero yo sólo pienso en ti, ¿comprendes? —dijo.

—Sí.

—Estoy ansioso de ti, de tu cuerpo, de tus caricias… —en una brusca transición, que demostraba lo voluble y violento de su carácter, se puso en pie ágilmente y dijo—: Prepárame algo de comer, tengo hambre. Pensaba quedarme aquí todo el día, pero en estas circunstancias prefiero adelantar el viaje. Me marcharé en cuanto haya almorzado.

Como ella no se decidía a levantarse, Bert la tomó por la cintura y la llevó a la cocina.

—Vamos, date prisa; estoy hambriento —recomendó, dándole una palmadita en las nalgas. Y volvió al comedor.

Pensó que un poco de ginebra calmaría su apetito y abrió el mueble. Estuvo a punto de caer al tropezar en algo: el bolso playero de Jean, que estaba en el suelo.

Lo miró. La cremallera estaba a medio cerrar y dentro brillaba algo.

Perplejo, tiró de la cremallera y sacó la toalla. Dentro, algo tintineó

con peculiar sonido metálico.

Metió la mano y miró aquel objeto. Sus ojos se desorbitaron al contemplar el macizo lingote de oro.

No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Miró y remiró la barra de metal, de un kilo de peso aproximadamente, y buscó una marca en alguna de sus seis caras, pero no halló la menor señal.

Dentro del bolso había otros cinco lingotes idénticos.

Por un momento, Bert permaneció allí, mudo de asombro. Y luego, ya, la sospecha escarbó dolorosamente en su cerebro.

Violentamente, se puso en píe y corrió a la cocina. De un empellón obligó a Jean a volverse y mostró en la ruda palma de su mano dos de los lingotes.

—¿Vas a explicarme qué significa esto, pedazo de zorra? —gruñó, tratando de contener la ira.

—Los..., los encontré en la playa —respondió ella.

El bofetón de Bert la lanzó brutalmente contra la puerta que daba al diminuto jardín trasero,

—¡Te has prostituido, Jean, me has traicionado! —bramó el hombre, temblorosos los puños—. Y ésta —mostró uno de los lingotes— es la prueba de tu infidelidad. Dime, ¿quién es el que compra tu cuerpo con oro? Debe ser un tipo podrido de dinero, ¿no es cierto?

Los lingotes cayeron de sus manos y Bert se abalanzó sobre la mujer caída en tierra. La alzó de un brutal empellón y la abofeteó sin freno hasta que la propia mano del hombre se tiñó en sangre.

Retrocedió, jadeante y furioso, y contempló un momento a la mujer, que yacía en el suelo sin que un solo gemido brotase de sus labios.

Bert hizo un ademán iracundo con la mano izquierda y se ajustó el ancho cinturón de cuero.

—¡Al diablo contigo, Jean Wallace! —rugió fuera de sí—. Yo no tengo oro como tu amiguito, pero soy un hombre decente.

Salió de la cocina, recogió una pequeña maleta en el comedor y abandonó la casa dando un tremendo portazo, que conmovió toda la

construcción hasta los cimientos.

Jean permaneció unos minutos inmóvil, alentando débilmente. Al fin se movió, apoyó una mano en los baldosines y se levantó con gran esfuerzo.

Sus manos tantearon los ojos amoratados y las hematomas de sus labios, que empezaban a hincharse apreciablemente.

No fue al lavabo para aplicar compresas de agua fría sobre su lastimado rostro. Por el contrario, tomó una pequeña pala plateada y dio la vuelta a los bistecs que estaban haciéndose sobre la plancha caliente.

CAPITULO II

El doctor Torndike sacó un cigarrillo de su pitillera de plata, encendió el magnífico «Dupont» de oro y lo acercó a la punta del pitillo. Extendió las largas piernas bajo la artística mesa tallada de su despacho y aspiró gozosamente el aromático humo.

A sus treinta y seis años, Brad Torndike se sentía especialmente satisfecho de la vida. Le satisfacía su profesión de psiquiatra, disponía de una clientela seleccionada y, lo que es mejor, adinerada; poseía una magnífica casa en Kings Yard y una fama bien ganada como profesional, amén de un par de automóviles, una cuadra formada por seis formidables caballos y una cuenta bancaria, que aseguraba risueñamente su porvenir.

También tenía buenos amigos. Como Fred Parker, que acababa de invitarle a pasar el fin de semana en su rancho de Douglas Farm, a unas cincuenta millas de San Francisco. Parker poseía una magnífica yeguada y seguramente pasarían todo el tiempo seleccionando algunos potros y montándolos, con vistas a incluirlos pronto en alguna carrera.

Como el “doctor Torndike amaba la naturaleza y, por encima de todo, los animales, tenía en perspectiva un apasionante fin de semana.

Torndike no era un hombre muy dado a las faldas. Se había casado ocho años atrás, pero su esposa, una bella jovencita con ínfulas de *starlette,* se había fugado dos meses después de la boda con un tipo que le mostró una tarjeta de visita en la que se anunciaba como «John T. Sturgis. Producciones cinematográficas.»

Al parecer, según se demostró más tarde, Sturgis sólo era un estafador, un rufián que se dedicaba a abastecer de muchachas atractivas los lujosos burdeles de Las Vegas.

Brad Torndike se sintió muy. herido entonces. Pero pasó el tiempo y olvidó fácilmente a su esposa. Dos años más tarde consiguió el divorcio sin ninguna obligación secundaria y borró el asunto ,de su memoria. Pero aquello le volvió desconfiado y renuente para con el sexo femenino.

Ahora todo era distinto. Se había hecho famoso, amaba su trabajo y era un hombre apreciado y mimado. Por si todo eso fuera poco, tenía un magnífico fin de semana en perspectiva.

Terminó de fumar el cigarrillo y oprimió un botón de su interfono.

—¿Sí, doctor Torndike? —se oyó la voz de Sandra Leighton, su recepcionista.

—¿Tiene a alguien esperando? Si no hay nadie, vamos a marcharnos, señorita Leighton.

—Perfectamente, doctor. Conectaré el contestador automático... ¡Un momento, doctor! —una nueva voz, femenina, sonó en el interfono-*-. Acaba de llegar... la señorita Cheryl Wallace. Dice que su asunto es urgente. Le ruega que la reciba. .

Torndike miró, nervioso, su «Rollex» de oro. Las doce y veinte. Fred Parker le aguardaba, para el almuerzo, a la una. ¿Tendría bastante con cuarenta minutos para atender a la señorita Wallace?

—Está bien —decidió—. Dígale que pase, señorita Leighton.

Se incorporó, puso en orden los objetos que había sobre la mesa y aguardó.

La mujer que entró un momento después, precedida por la recepcionista, captó inmediatamente la atención de Torndike. El primer punto a su favor era que vestía *como una mujer* (Torndike odiaba el uso y abuso que las mujeres hacen de los pantalones).

—Por .favor, siéntese, señorita... —consultó el nombre que acababa de anotar—. Señorita Wallace.

El traje sastre era de una gran elegancia, pero lo que Torndike podía ver por encima de los hombros era aún más interesante: una

brillante cabellera rubia, unos ojos azules profundos, un rostro expresivo, de pómulos pronunciados y labios bien trazados, húmedos, y un mentón fino pero enérgico.

—Me temo que no voy a poder dedicarle mucho tiempo, señorita Wallace —Torndike se curaba en salud,, pues una de sus adineradas pacientes le había entretenido casi dos horas aquella mañana—. Estoy citado para un almuerzo, a la una, pero trataré de atenderla, Dígame, ¿de qué se trata?

—Quizá debería volver mañana —insinuó Cheryl Wallace, envolviéndole en una mirada de sus enigmáticos ojos azules. Y añadió—: ¿Me permite que fume?

—Desde luego —Torndike vaciló—. ¿De veras no le importaría volver el lunes? Tomaré nota de su nombre... En ese caso, la recibiría inmediatamente.

—No sé —dijo ella, lanzando una bocanada de humo al aire—. Quizá el lunes sea demasiado tarde.

El psiquiatra parpadeó. Aquella frase *demasiado tarde,* había sido pronunciada sin rastro de dramatismo, a pesar de lo cual Torndike se sintió impresionado.

—¿Tan urgente es su caso? —inquirió, amablemente.

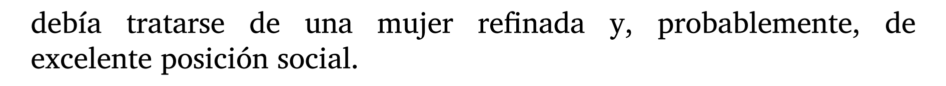
—Creo que sí. La verdad, doctor, temo que me estoy volviendo loca —respondió la atractiva señorita Wallace.

Torndike encendió nerviosamente un cigarrillo.

Caso curioso el de la señorita Wallace. La mayoría de sus pacientes —hombres y mujeres— venían a quejarse ante él de sus angustias, de sus temores, de sus padecimientos y de sus enfermedades —ficticias o reales—; pero jamás ninguno había pronunciado aquella frase; *«temo que me estoy volviendo loca».*

De todas formas, la ansiedad que el doctor sentía por dar fin cuanto antes a la entrevista desapareció. Ahora, de repente, se sentía profundamente interesado por aquella bella mujer, que vestía exquisitamente y se expresaba con toda corrección.

¿Quién era, en verdad? ¿Una paranoica, una rica heredera aquejada de «manía persecutoria»? A juzgar por su indumentaria, por el sutil perfume francés que exhalaba y por sus ademanes,


debía tratarse de una mujer refinada y, probablemente, de excelente posición social.

—Bien —suspiró—. Cuéntemelo todo.

Cheryl Wallace depositó la ceniza de su cigarrillo sobre un precioso cenicero de cristal tallado azul.

—No es fácil de explicar, pero lo intentaré. Antes debo advertirle que vivo en Chicago, donde he visitado al doctor Douglas Brown, un prestigioso psiquiatra. Brown me sometió a diversas pruebas y análisis, pero según él no halló en mí la menor perturbación psíquica.

·—¿Vino usted desde Chicago para consultar conmigo? —se asombró Torndike.

—No., Yo tenía aquí una hermana, Jean Wallace, Jean... murió hace tres años. Asesinada —confesó miss Wallace.

Torndike chupó de su cigarrillo con cierta ansiedad. Desde luego, el caso, prometía ser interesante. Por supuesto, que no iba a llegar a tiempo de almorzar en Douglas Farm.

—Discúlpeme un momento —rogó a su visitante—. Debo dar un aviso.

Llamó a su recepcionista y le encargó que telefoneara a Fred Parker, advirtiéndole que iría más tarde, si le era posible.

—Decía usted que su hermana murió asesinada —dijo, volviéndose hacia Cheryl Wallace.

—Así es. Un camionero llamado Bert Parrish la estranguló. Eran novios o algo así. Parrish está ahora en la cárcel, cumpliendo condena. Precisamente acabo de visitarle; más tarde le explicaré por qué.

- ¿Fue ése el motivo que la trajo a Frisco[1]?

—En realidad, vine para visitar la tumba de Jean

—dijo Cheryl-—. Imagínese mi sorpresa y mi consternación al comprobar que la tumba había sido violada y el cadáver de mi hermana robado.

—¿Robado? —Torndike se estremeció insensiblemente, pero siguió prendido de las palabras de su visitante.

—Sí. He visitado a las autoridades, pero no Saben qué sucedió. Sólo eso : que los empleados del cementerio descubrieron que la tumba había sido profanada y que faltaba el cadáver de mi hermana. Me aseguraron que habían abierto una investigación, pero no han averiguado nada. En fin... Se han limitado a anotar mi dirección y me han prometido que se pondrán en contacto conmigo si descubren a los profanadores —explicó Cheryl, conmovida.

Torndike aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Comprendo su estado de ánimo —comentó amablemente—. Es posible que todos esos sucesos hayan alterado sus nervios.

Ella le miró fijamente y el médico parpadeó, un tanto desconcertado.

—No, no es ése el motivo, aunque confieso que me sentía muy triste al saber que los restos de Jean no podrán descansar en su tumba.

—*i* Entonces?

—Verá, hace ya un par de años que ocurren extraños sucesos a mi alrededor —respondió Cheryl. Y hubo un leve temblor en sus húmedos labios—. Fue entonces cuando comencé a percibir la sensación de que me seguían.

«Acerté plenamente —pensó Torndike—. Se trata, pues, de manía persecutoria.»

—Fue poco más o menos tras la muerte de Jean —siguió ella—. Debo decirle, doctor Torndike, que soy la jefe de diseño de una importante cadena de *boutiques* de alta costura... Bien, cuando murió Jean, me concedieron dos semanas de licencia y vine a San Francisco. Tras el sepelio y el enterramiento, vino a verme un tal míster Ferguson, notario. Tenía un curioso testamento ológrafo en su poder, otorgado por Jean. Me lo leyó y quedé pasmada de asombro... ¡Jean me legaba algo más de doscientos mil dólares!

—¿Por qué su asombro? —preguntó Torndike, que observaba con gran atención a Cheryl Wallace,

—Sencillamente, porque Jean jamás había tenido un centavo en su bolsillo —exclamó ella—. Verá, Jean trabajaba en las oficinas Bradford Co. de transportes. El trabajo que ella desarrollaba allí era muy elemental, pues Jean nunca fue muy inteligente. *Ganaba*

quinientos dólares mensuales, ¿comprende, doctor? Lo que viene a significar que jamás hubiera podido ahorrar doscientos

mil dólares. Vivía en un modesto chalet de Green Street; el alquiler valía doscientos dólares.

-—Ya comprendo que este problema desborda mi competencia profesional —advirtió Torndike, pensativo—, pero ¿qué hizo usted al saber que la herencia de su hermana ascendía a tal cantidad?

—Lo que hubiera hecho cualquier persona decente: antes de aceptar la herencia, pedí unos días de plazo a Ferguson —narró Cheryl. Y volvió a encender otro cigarrillo con la llama del mechero que le ofrecía Torndike—. Contraté los servicios de una prestigiosa agencia de detectives: quería averiguar discretamente la procedencia del dinero que poseía Jean.

—¿Y qué averiguó?

—Nada. La conducta de mi hermana era honorable, no se le conocían amistades masculinas, excepto la *de* Bert, su novio; no estaba implicada en ningún delito ni figuraba en el registro penal. Los de la agencia trabajaron exhaustivamente. Incluso investigaron la posibilidad de que Jean hubiera cometido un desfalco en Bradford Co. El resultado fue: Jean estaba limpia de toda sospecha.

Torndike cruzó disimuladamente las piernas bajo la mesa.

—Un caso verdaderamente interesante. Pero no alcanzo a entender qué relación guarda todo ello con su posible alteración psíquica, señorita Wallace —dijo llanamente.

Ella le miró reflexivamente.

—Esa relación existe, como sabrá si sigue escuchándome —respondió con un tonillo severo. De repente miró su pequeño reloj de pulsera y se alarmó—. ¡Dios mío, son ya las dos! Y usted tendrá que ir a almorzar…

—Confieso que mi estómago empieza a rebelarse, miss Wallace. Veamos… ¿por qué no viene a almorzar conmigo y proseguimos la entrevista más tarde? Hay aquí, muy cerca, un excelente restaurante, llamado Rosetti, en el que sirven unas magníficos platos europeos. ¿Quiere venir conmigo?

Cheryl vaciló.

—No" tengo apetito, pero le acompañaré —respondió.

—Muy bien. Aguarde un minuto, lo justo para cambiarme de ropa —pidió el psiquiatra.

Poco después se detenían ante la mesa de miss Leighton.

—Puede marcharse, Sandra —dijo Torndike a su recepcionista—. Deje la llave abajo. La señorita Wallace y yo vamos a almorzar en Rosetti. Que tenga un feliz fin de semana.

—Gracias, doctor. Igualmente —respondió Sandra con un cierto tonillo irónico.

Su ironía estaba en cierto modo justificada: en los seis años que llevaba trabajando para el doctor Torndike, jamás había visto que éste llevase a una mujer a almorzar. Aunque fuese tan guapa como Cheryl Wallace.

CAPITULO III

—Me alegro —dijo Torndike. Y se llevó a los labios la taza de café.

—¿Se alegra? —el fruncimiento de las cejas aún hacía más atractiva a la elegante Cheryl Wallace—, ¿Por qué razón?

—Porque he logrado despertar su apetito —dijo él, . alegre. Y pidió la cuenta.

Torndike se puso en pie y retiró la silla para que ella se incorporase.

—Gracias —murmuró Cheryl. Y agregó—: Le noto un tanto extraño, doctor. ¿Guarda algo dentro, que pugna por salir?

—Muy penetrante. En efecto, estaba pensando que, en lugar, de sepultarnos en mi consulta, podíamos dar un paseo hasta Fishermans Wharf. ¿Lo conoce?

—No.

—Es un lugar alegre y soleado y se domina un bello panorama sobre el mar. En realidad, no necesitamos mi despacho para nada —dijo.

—Muy bien. Iremos a Fishermans Wharf —aceptó.

—Venga. Tengo el coche en un garaje próximo.

Poco después estaban los dos viajando hacia los muelles. La tarde, otoñal, era templada, muy agradable.

Torndike estaba haciéndose multitud de preguntas a sí mismo. Y, naturalmente, todas relacionadas con Cheryl Wallace.

Si era un auténtica enferma mental, no lo parecía.

Todos sus ademanes y gestos eran serenos y mesurados y el brillo de sus ojos demostraba inteligencia.

¿Qué era entonces aquella mujer? Su relato, de ser cierto, resultaba apasionante. Tan apasionante como la propia Cheryl Wallace.

—Supongo que aceptó usted la herencia de su hermana —dijo en voz alta Torndike, prosiguiendo la interrumpida conversación, pues durante el almuerzo sólo habían cambiado unos cuantos comentarios intrascendentes.

—Sí, una vez que acallé mis escrúpulos. Imaginé mil posibilidades: que Jean hubiera acertado en las carreras o en otro tipo de apuestas, que hubiera encontrado el dinero... Pero estas posibilidades también las habían investigado los detectives, sin ningún resultado. De modo, .que puse toda mi voluntad en olvidarme del asunto. Gasté una cantidad considerable en el sepelio y en el enterramiento y me dispuse a volver a Chicago después de. echar un vistazo a la casa de Jean, en Green Street. Y allí surgió una nueva sorpresa...

Torndike cambió de carril y poco después se desviaba hacia los muelles.

—¿Qué sorpresa? —preguntó, después de adelantar a un autobús atestado de críos.

—Encontré diez lingotes de oro —declaró Cheryl—. Cada uno de ellos pesaba novecientos sesenta gramos.

Torndike apenas pudo contener su asombro.

—¡ Lingotes de oro! Eso puede explicar el legado de su hermana —dijo.

—No explica nada —respondió Cheryl, tajantemente—. Pero

déjeme que le cuente... Llegué a la casa, abrí la puerta con la llave que me había entregado Ferguson. Y en seguida *tuve la sensación de que allí dentro había alguien.* Pensará que es una tontería, pero eso fue lo que sentí en aquel momento.

Según Cheryl, ella cerró la puerta con el cerrojo y, aunque un tanto medrosa, registró la casa. No había vidrios rotos, las ventanas estaban protegidas con rejas y todo parecía en orden.

—Recuperada un tanto la tranquilidad, fui a ver la cocina. Entonces *algo pasó por entre mis piernas y me derribó.* En principio, creí que se trataba de un perro,

de un animal corpulento... Quizá Jean poseía aquel animal y lo había dejado en la casa, hambriento, y el pobre bicho trataba de obtener algo de pitanza...

—¿*Era* un perro?

—No lo sé..., pero de todas formas, la puerta trasera estaba abierta. Cuando logré ponerme en pie, corrí hacia allá y salí. Un niño escapaba en aquel momento,..

—¿Un niño? Un ladronzuelo, probablemente.

—¡No lo sé! -—exclamó Cheryl, un tanto nerviosa—, Parecía un niño o... un hombrecillo, un enano quizá. Más bien me pareció un enano, pues, aunque bajo, era corpulento, rechoncho. ¿Un ladronzuelo, dice? ¿Por dónde había penetrado en la casa, entonces...? Porque al entrar en la cocina, *yo vi la puerta cerrada.* Y ningún otro acceso mostraba huellas de haber sido forzado ni violado.

El automóvil de Torndike, un precioso «Lancia» blanco, se detuvo en el muelle. No había exagerado el médico: desde allí se contemplaba un bello panorama. En el mar, varios veleros se deslizaban velozmente sobre la mar picada. En el muelle, numerosas personas paseaban al sol y otros pescaban con caña. Había bares y restaurantes y algunas salas de juegos recreativos.

—¿Bajamos? —preguntó Torndike.

—Sí —dijo Cheryl. Y sacó un prodigioso par de piernas al exterior después de empujar la portezuela.

Pasearon emparejados durante unos minutos. Disimuladamente, Torndike se retrasó unos pasos con la disculpa de encender un

cigarrillo. En realidad, sólo pretendía recrearse en la contemplación de la esbelta y proporcionada figura de miss Wallace.

«Toda una mujer — pensóˆ-. Sería una lástima que, como ella asegura, estén perturbadas sus facultades mentales.»

Rápidamente se puso a su altura. Ella le miró fugazmente con aquellos ojos extraordinariamente profundos y dijo:

—El incidente de la cocina me preocupó. Pero me tranquilicé pensando que al cabo de unos días yo estaría a miles de kilómetros de San Francisco. Los armarios de Jean estaban llenos de ropa. Sus vestidos no me venían bien, pues ella era más pequeña, pero tenían valor

y podían servir para entregarlos a cualquier parroquia. Hice un pequeño inventario con este fin, pero descubrí que había ropa interior usada, casi nueva, con lo cual el lote podía ser aún más numeroso. Jean tenía una modernísima lavadora automática y decidí lavar aquellas prendas antes de entregarlas. Llené el tambor de la lavadora y lo atesté de ropa. Cuando la máquina se puso en marcha, escuché unos golpes metálicos muy fuertes, tanto que temí que la lavadora estuviera averiada. Hasta que de pronto apareció uno de los lingotes a través de la ventanilla circular...

Desconectó la lavadora, abrió la ventanilla y... la cocina se inundó de agua. Pero entre las húmedas prendas del fondo del tambor, encontró otros nueve lingotes idénticos.

—Es algo extraño —dijo Cheryl, y tomó a Torndike del brazo para que se detuviera—. Normalmente, los lingotes de oro fundido ofrecen un aspecto casi mate, pero aquéllos estaban lisos y bruñidos, brillantes. ¿Quiere ver uno?

Torndike asintió, curioso.

Cheryl sacó su bolso, echó una mirada a su alrededor, y luego mostró en la palma de su mano un perfecto paralelepípedo de oro, macizo y destellante.

El médico lo cogió en su mano, lo sopesó y acarició la pulida superficie. No halló ninguna marca en ninguna de las seis caras.

—Tiene razón —dijo, devolviéndoselo—. Más bien parece una joya —Torndike vaciló antes de preguntar—: ¿Qué hizo con los demás?

—Yo no estaba segura de que estos lingotes fueran legales. Y estuve tentada de acudir a la policía y entregarlos, pero de pronto se me ocurrió pensar igual que a usted: que el dinero de Jean podía provenir de la venta de estos lingotes. No podía averiguar cómo habían ido a parar a sus manos, pero en cambio tal vez me sirviesen para averiguar si ella los había vendido.

—Y me imagino que se puso a visitar joyeros y talleres de orfebrería... —insinuó Torndike.

—Acierta. Lo hice muy discretamente para no cometer ningún error. En las joyerías me interesaba por al-

gima joya y luego insinuaba que yo podría venderles algo de oro, quizá un lingote, ¿comprende?

—¿Cuál fue el resultado?

—La mayoría eran negocios decentes. Me hicieron saber que ellos sólo compraban oro federal, es decir, lingotes con el sello del Estado. Pero al fin visité un taller donde se mostraron interesados...

Según Cheryl, un fabricante llamado Balley le pidió que le mostrase un lingote. Cuando lo tuvo en su poder, miró a la mujer con curiosa insistencia e hizo el siguiente comentario:

—Parece que todo queda en familia, ¿eh? Dígame, ¿tiene más como éste?

—No, por ahora —respondió ella—. ¿Qué significa su comentario respecto a la familia?

—Una mujer muy parecida a usted me vendió unos cuantos como éste —confesó el joyero-—. Deben ser ustedes hermanas, ¿no?

—¿Cuántos lingotes le vendió mi hermana? —exigió impetuosamente Cheryl.

—¡Oh, unos cuantos! —dijo el hombre vagamente.

—Está bien, deme el lingote —pidió ella, pero el hombre retiró prestamente la barra de oro y la puso fuera de su alcance.

—No, no, señorita. Usted ha venido aquí para venderme ese oro, ¿comprende? *Tiene que vendérmelo.*

Un tanto asustada, Cheryl transigió. Tras unos minutos de regateo,

recibió dieciséis mil dólares, poco más de la mitad del valor real del lingote.

—Cuando salí de allí, tenía la seguridad de que Jean había vendido varios lingotes de oro a aquel tipo. Iba pensando en ello, cuando advertí que alguien me seguía: un hombre joven, de unos veinticinco años. No era difícil imaginar lo que se proponían: situar mi domicilio y seguramente presionarme para que les vendiera más oro o quizá averiguar dónde lo obtenía —explicó Cheryl a Torndike.

—¿Se libró del hombre que la seguía?

—Fue fácil. Entré en unos almacenes, tomé un vestido y fui a los probadores. El no pudo seguirme hasta allí y yo me escapé por otra puerta.

—Entonces, ahí tiene la explicación al incidente de la

cocina, en el chalet donde vivía su hermana. Sin duda, conocían su domicilio y lo registraron para robar los lingotes —-dijo Torndike, seguro de que había dado en el clavo.

La expresión de Cheryl se tomó distante, enigmática.

—Mucho me temo que no sea ésa la explicación correcta, doctor. Pero en cualquier caso, para mí queda latente otra incógnita... ¿De dónde vinieron esos lingotes de oro? —exclamó, pensativa.

CAPITULO IV

El sol se había puesto ya y la brisa era demasiado fresca. Cuando volvían hacia el «Lancia», el doctor Torndike se llevó las manos a la cabeza,

—¡Diablos! —gruñó.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Cheryl, alarmada.

—Me había olvidado por completo de mi cita: Fred Parker debe haberse cansado de esperar —dijo.

—Ah, su cita. No sabe cuánto Io lamento, doctor. Ahora caigo en la cuenta de que he venido a interrumpir su descanso de fin de semana —se disculpó ella, cuando el médico le abría ya la portezuela—. Supongo que mi relato sólo ha servido para aburrirle.

—¿Aburrirme? —exclamó él—. ¡Dios santo, me tiene usted sobre ascuas! —dió ágilmente la vuelta al coche y se acomodó tras el volante. Luego se volvió hacia la mujer—. Vamos a ver, se me ocurre algo.

—¿Qué? —preguntó ella con cierta ansiedad.

—Ya no tiene sentido viajar hasta Douglas Farm, puesto que pronto anochecerá —explicó—. A usted parece haberle hecho bien este rato de charla. La veo más relajada y tranquila.

. —Sí, en efecto. Rápidamente han transcurrido casi cinco horas —pareció sorprenderse ella.

—Bien. Yo suelo frecuentar un *pub* del barrio antiguo. Se llama Poker y es un lugar cómodo, acogedor e íntimo. Llamaré a Fred y le diré que definitivamente no iré hoy. Si le gusta mi plan puedo llevarla a su hotel y... ¿dónde se hospeda?

—Eh el Sheraton.

—Podría recogerla dentro de media hora, si está de

acuerdo. ¿Tendrá tiempo suficiente para cambiarse? No es preciso vestir de etiqueta, allí todos llevan atuendos informales. ¿Qué le parece?

—Muy bien —asintió ella.

Torndike pulsó el contacto y arrancó. Cuando abandonaban los muelles y mientras aguardaban ante un semáforo, el médico se volvió a mirar a Cheryl, y dijo, sonriente:

—La verdad es que, de cuanto me ha contado, no extraigo ningún argumento que acredite su presunta locura.

Pero ella no correspondió a la sonrisa. Su expresión era grave.

—No dije que estuviera loca, doctor, sino que estaba camino de serlo. De todas formas, le aseguro que cuanto le he narrado es imprescindible para que comprenda mi estado psíquico —afirmó.

No volvieron a hablar antes de llegar al hotel Sheraton. Torndike se apeó de! coche y acompañó a miss Wallace hasta el lujoso vestíbulo.

—Voy a telefonear —dijo—. La espero en el bar.

—Muy bien. Volveré pronto —respondió ella con una débil sonrisa.

Torndike atravesó el vestíbulo, entró en el bar y buscó el teléfono. Durante cinco minutos tuvo que aguantar la amable bronca de Fred Parker. Luego, cumplido aquel trámite, se acercó a la barra y pidió una ginebra con hielo.

Mientras paladeaba el licor con lentitud y fumaba un cigarrillo, Torndike echó una distraída ojeada al refinado ambiente. Pero en realidad sus ojos no veían, sólo pensaba. Y naturalmente, en el insólito caso Wallace.

Extraña y bellísima mujer, se dijo. Torndike, que casi siempre era sincero consigo mismo, tuvo que reconocer que si había cancelado el fin de semana en Douglas Farm, no se debía sólo a la apasionante y rara historia de Cheryl Wallace, sino también al poderoso atractivo de aquella mujer, poco común.

Parecía atormentada y al mismo tiempo hacía poderosos esfuerzos por mostrarse animosa y serena, dentro de ciertos límites. A pesar de todo, Torndike había visto

brillar en sus enigmáticos ojos la llama del miedo. Pero ¿miedo a qué, a quién.,.?

Por supuesto, Torndike no pensaba caer en las redes de ninguna mujer, ni siquiera en las de Cheryl Wallace. Sin embargo, llevarla aquella noche al *pub* sería todo un honor.

Cuando se dio cuenta, ella estaba a su lado. Y apenas habían transcurrido quince minutos, algo increíble.

Estaba guapísima. Vestía una informal chaqueta de ante impecablemente cortada, con falda a juego y un' suéter azul oscuro con cuello de cisne. Un fino collar de pequeñas perlas destacaba su brillo trémulo sobre el suéter y sus zapatos eran de ante, muy elegantes.

Cheryl no quiso tomar nada y unos minutos después volvían al coche. Ya anochecido, llegaron al *pub* Poker. Apenas entrar, ella advirtió el buen gusto de la sencilla decoración, sin luces molestas, la larga barra de madera, el aroma del *ale,* los semirreservados formados por cómodos divanes forrados en cuero crudo y en general el ambiente íntimo y agradable: una perfecta copia de un *pub* londinense.

Torndike la guió hasta su rincón preferido, libre por fortuna. A través de los cristales emplomados del ventanal se veían a ráfagas los faros de los automóviles, que circulaban lentamente por la zona.

—¿Cerveza? —preguntó el médico cuando un bigotudo camarero se acercó—. Dos jarras, Pete.

Se miraron. Para romper el silencio, Torndike sacó su pitillera y ofreció un cigarrillo a Cheryl. Encendieron y fumaron.

—Después de todo cuanto me contó en Fishermans Wharf, ¿volvió a Chicago? —preguntó él para reanudar la conversación.

—No, inmediatamente. He olvidado contarle algo —Cheryl retiró su mano izquierda de la mesa para permitir que el camarero dejase las jarras—. Encontré una llave dentro de un azucarero.

—Buen sitio para guardar una llave —bromeó Torndike.

—Había una chapita unida a la llave, una chapa metálica. Y decía: «Bank of Commerce. B-218».

—Una caja de caudales de alquiler, supongo —Torndike bebió de su jarra un largo trago y se pasó un blanquísimo pañuelo por los labios.

También Cheryl bebió un poco, mientras el médico admiraba la grácil curva de su cuello.

—Sí. Fui al banco y comprobé que la caja estaba alquilada a nombre de Jean Wallace. Desde luego, me mostré interesada en retirar su contenido, que desconocía. No era porque imaginase que allí podía haber algo de mucho valor, sino porque me sentía obsesionada por averiguar los secretos de mi hermana.

—Comprendo.

—Tuve que mostrar al empleado los documentos que me acreditaban como sucesora de Jean, pues, como usted debe saber, esas cajas se abren con dos llaves: una del empleado y otra la del usuario.

—Sí, desde luego. Yo mismo uso una de esas cajas de alquiler.

—Abrimos, pues, la caja 218. Lo único que había dentro de ella era un maletín de pequeñas dimensiones, poco más que un portafolios.

Pero cuando tiré de su asa, apenas pude moverlo y el empleado tuvo que ayudarme. Cuando deposité el maletín en el suelo, calculé que pesaría unos veinticinco kilos. Y, créame, doctor, no tuve que esperar a abrirlo para saber lo que contenía...

—¡Lingotes de oro! —exclamó Torndike, sin poder contenerse.

—Veinticinco lingotes de oro, de las mismas dimensiones y peso que los nueve que yo conservaba —dijo ella—. Tomé con dificultad el maletín, cogí un taxi y me trasladé al hotel. Al día siguiente, devolví a la raja del banco treinta y cuatro lingotes.

—Pero ¡ese oro vale demasiado dinero para guardarlo en una simple caja de alquiler! —exclamó' Torndike—. Compréndalo, pueden robárselo. No sé si recordará que el año pasado, en Francia, robaron unas cajas en las mismas circunstancias, a pesar de que se hallaban en un sótano blindado.

—¡ Lo sé, lo sé! —exclamó ella, impaciente.

—Deben ser... unos treinta y tres kilos de oro. Su valor no bajará de... —Torndike calculaba mentalmente a toda prisa—. Sí, unos novecientos mil dólares, quizá más.

Las manos de Cheryl se crisparon.

—¡ No me importa! —exclamó, nerviosa—. De ese oro dimana algo maligno, deletéreo —de repente, sus ojos se nublaron y las lágrimas corrieron por sus finas mejillas. Y murmuró, acongojada—: ¡Dios mío, daría todos esos lingotes con tal de que las cosas volvieran a ser como antes...!

Torndike se inmutó.

Inconscientemente tomó una mano de Cheryl y la acarició.

—¡Cálmese, por favor! —suplicó—. Aquí no tiene nada que temer, Y por otra parte... yo la ayudaré.

En los grandes ojos azules hubo un brillo de esperanza.

—¿De veras, me ayudará? —preguntó con ansiedad.

—Ya se lo he dicho —respondió él, disgustado por haber dado aquella muestra de «debilidad». Y retiró su mano.

Cheryl sacó un pañuelito de su bolso de ante y se secó los ojos. Su

maquillaje —si lo llevaba— no se alteró en absoluto.

—Le dije que era preciso que le contase todas estas cosas, antes de que usted pudiera juzgar sobre mis temores, doctor —susurró ella.

—Siempre me llama «doctor». ¿Por qué no me llama Brad? —propuso el médico, arrepentido de su brusquedad—. Yo la llamaré Cheryl, si me lo permite.

—Tengo confianza en usted, Brad. No sé por qué. es algo instintivo.

—Creo que iba a decirme algo. Lo adiviné por el brillo de sus ojos.

—Sí —asintió ella—. Iba. a decirle que tengo más.

—Más... ¿qué?

—Más oro —pronunció ella, bajando la voz—. En mi apartamento de Chicago hay otras cuarenta barras.

Torndike saltó sobre su asiento.

—¡Diablos! —gruñó, volviendo a sentarse—. ¿Acaso es usted una descendiente del rey Midas? —tosió, muy nervioso, y encendió un cigarrillo (el anterior aún ardía en el cenicero)—. Me gustaría saber cómo llegó a su poder.

Cheryl bebió un poco de cerveza y dejó la jarra sobre la mesa.

—Lo sabrá. Pero antes me gustaría hablarle de Bert Parrish —dijo.

—¿Parrish? ¿No era el camionero, el novio de su hermana?

—En efecto. Conseguí entrevistarme con él en la prisión, según recuerdo haberle explicado antes.

Torndike se movió, nervioso.

—No comprendo por qué tenía que ir a ver a ese asesino, Cheryl —gruñó.

Ella abrió" su bolso, sacó un pedacito de papel bien plegado y se lo tendió.

—Léalo —pidió.

Se trataba de un recorte de periódico. Una noticia aparecía

enmarcada un trazo rojo.

> «Bertrand Parrish, presunto asesino de la mecanógrafa Jean Wallace, en observación psiquiátrica.»

El suelto informaba que Parrish había sido internado en un sanatorio psiquiátrico del Estado para ser observado por los psiquiatras, a petición de su abogado, un tal Paul McIntire. En unas cuantas líneas más, se recordaban las circunstancias que rodearon el crimen.

Torndike devolvió el recorte de prensa a su acompañante y la miró perplejo.

—No entiendo qué quiere explicarme —dijo, al cabo—, Casi todos los criminales consiguen ser observados por los psiquiatras. Tiene una probabilidad de que el informe forense atenúe la condena. Es un viejo truco.

—¿Sabe quiénes convencieron a McIntire de que pidiera el internamiento psiquiátrico de Parrish? Los funcionarios de la prisión. Eso me lo confesó el propio McIntire. De todas formas, pensé que Parrish podría explicarme por qué mató a mi hermana. Y esperaba algo más, puesto que a Jean nada ni nadie podría resucitarla.

—¿Qué esperaba?

—Que Parrish supiera algo del oro. Me costó muchas gestiones y entrevistas engorrosas obtener la autorización para entrevistarme con el preso, pues Bert había sido devuelto a la prisión. Debo decirle también, Brad, que los psiquiatras encontraron a Parrish completamente cuerdo, por lo que la estancia en el manicomio no le sirvió de nada. Al fin, tuve el documento en mi mano y me dirigí a la cárcel...

Torndike apuró de un trago la cerveza que quedaba en su jarra.

CAPITULO V

—El taxi me dejó frente a la fachada principal de la prisión. Había dos centinelas en la puerta y llevaban modernísimas metralletas, de culata plegable.

»Tímidamente, mostré mi documento y uno de ellos me dejó pasar

con un movimiento enérgico del mentón.

«Unas trescientas personas —mujeres, principalmente— ocupaban el amplio vestíbulo. Lo primero que percibí fue un desagradable olor a desinfectantes.

»Se oía el runrún de las conversaciones a media voz. Pude ver que unas treinta mujeres —gruesas madres de familia, vestidas con baratos trajes de confección— ocupaban los pocos bancos mugrientos adosados a los muros. Los demás formaban corrillos y tenían todos el aspecto de quien tiene que cumplir con una obligación penosa, pero necesaria. La mayoría de aquellas personas llevaban baratas bolsas de plástico de las que dan en los supermercados. Lo que llevaban en ellas eran cartones de cigarrillos, revistas usadas y pastillas de jabón de tocador, principalmente.

»Pude oír algunas conversaciones. Las mujeres se lamentaban principalmente de que su hombre hubiera "caído" y las hubiera dejado prácticamente desamparadas, sobre todo en el aspecto económico. Sin embargo, según pude enterarme, acudían allí cada semana para "gozar" de veinte minutos de comunicación con sus mandos u otros parientes. Algunas se habían tenido que poner a trabajar urgentemente para ganar el sustento de sus hijos; otras eran prostitutas, que ostentaban un ridículo artificio de pieles sintéticas *y* relojes chapados de oro.

»La verdad es que, de pronto, experimenté un sentimiento de conmiseración hacia todas aquellas personas. Sus hombres, sus parientes, hermanos, hijos o primos, "estaban a la sombra" y ello significaba la penuria y la miseria para todas las personas que dependían del que había ido a parar a la cárcel.

»Una jovencita morena y graciosa, de unos veinte años, lloriqueaba en un rincón.

»—Está embarazada —susurró alguien—. Y su muchacho está incomunicado: mató a una vieja para robarle treinta dólares.

«Viviendo aquel ambiente, me sentí profundamente amargada, desolada. ¡ Cuántas miserias, cuántos problemas y sufrimientos...!

»Entre todos ellos, yo, Cheryl Wallace, era la única persona que vestía ropas caras, elegantes y limpias. Y por ello me sentí estúpidamente avergonzada.

»Por fortuna, poco después apareció un funcionario de uniforme.

Se situó junto a una imponente puerta blindada y fue gritando los nombres de hasta cuarenta personas. La octava de aquella lista era yo.

»Traté de abrirme paso entre aquella bulliciosa marejada humana y finalmente me encontré ante un funcionario. Mostré mi documento de identidad y la autorización expedida por el juez y me dejaron pasar.

»—Locutorio ocho —dijo el funcionario. Y avancé por un ancho pasillo a cuya derecha se veían unas vitrinas .de cristal blindado.

»Fui mirando los números y finalmente me detuve en el locutorio número ocho. Había una silla metálica y un pequeño mostrador con algo que parecía un teléfono. Al otro lado de los gruesos cristales blindados, vi a un hombre demacrado y barbudo, que me contemplaba con la expresión de quien acaba de ver aparecer a un resucitado,

»Me habían explicado por encima la utilización de aquel teléfono que había sobre una estrecha repisa. Así que me senté y alcé el auricular.

»E1 hombre que estaba al otro lado del cristal blindado tardó unos segundos en hacer otro tanto. No me perdía de vista, con los ojos desmesuradamente abiertos y los músculos faciales paralizados, hasta que al fin

parpadeó, tragó saliva y alzó el auricular que había más allá del cristal.

»—¿Señor Parrish? —dije—. Soy Cheryl Wallace, la hermana de Jean,

»E1 no dijo nada. Sus facciones vulgares se plegaron en un rictus' de cólera y de intenso sufrimiento,

»—Creí..., creí que era ella —murmuró torpemente a través del comunicador—. ¡Son tan parecidas! Pero ahora... puedo advertir algunas diferencias. Usted es mayor que Jean.

»—Sí, le llevo seis años —dije.

«Parrish miró al corpulento funcionario que le vigilaba sin perderle de vista. El preso tenía una expresión fiera, violenta. Aquel hombre era capaz de cualquier cosa, o eso pensé en aquel

momento.

»_¿Por qué ha venido? —murmuró, con intensa cólera—. Según todos, yo soy el asesino de su hermana.

¡ Usted debería odiarme!

»E1 funcionario dejó caer pensadamente una mano sobre el hombro de Parrish. Era una advertencia.

»—Yo no le odio, Bert —dije—. No puedo juzgar, ¿comprende? Me siento triste y acongojada, pero no le odio a usted. Le... he traído unos cartones de cigarrillos. Haré lo posible por hacérselos llegar.

«Parrish plegó los labios en un falso gesto cínico.

»—Muy amable —pero advertí que se sentía emocionado—. ¿Qué puedo hacer por usted? Sólo tenemos veinte minutos. Aprovéchelos.

«Todo aquello me resultaba tan violento que apenas podía poner mis ideas en orden. Al fin conseguí hablar.

»—Bert, Jean está muerta y nada puede resucitarla. Se lo juro: yo no le odio a usted. Sin embargo, necesito saber por qué le mató.

»—¡ Yo no la maté! ¡ Fueron ellos, los hombrecillos! —gritó estentóreamente Parrish. Su voz, tan potente, hirió mis oídos.

«El funcionario le hizo una segunda advertencia y Parrish se tranquilizó un poco. Sin embargo, yo podía advertir a través del cristal que el corpachón de aquel hombre estaba sometido a una tremenda tensión.

«—Por favor, Bert —supliqué—. Hablemos serenamente. Dice que usted no mató a Jean. Pero la policía...

»—La policía no estaba allí —pronunció Parrish, sordamente—. Llegaron después, cuando los vecinos oyeron el alarido de Jean y mis gritos... Entonces llamaron a la policía y ellos llegaron en seguida. Yo estaba malherido, y los hombrecillos consiguieron escapar por la puerta de la cocina. Pero agarré a uno y le rompí una pierna.

»—¿Hombrecillos? ¿Qué hombrecillos? —pregunté, intrigada,

«Parrish ocultó el rostro entre sus grandes, manos, con un gesto de

total abatimiento.

»—Nadie los vio —murmuró—. Y eso va a costarme diez años de prisión.

»—Se lo ruego, Bert —supliqué, impresionada—. Explíqueme eso.

»—Los que entregaban las barras de oro a Jean —fue la sorprendente respuesta.

»Por unos instantes, fui incapaz de articular una sola palabra. Pero podía ver a Parrish, profundamente abatido, al otro lado del grueso cristal.

»—¿Por qué no me lo cuenta todo, Bert? —dije.

«Parrish separó sus manos del rostro y me miró durante largo rato. Y luego dijo:

»—Usted es distinta... No me mira con odio ni desconfianza. ¿De veras quiere saber lo que ocurrió?

»—Sí, por favor —rogué.

«Bert tragó saliva. Me di cuenta de que sus ojos estaban hundidos y de su aspecto general de profundo abandono y desesperación.

»—Yo no maté a Jean, señorita Wallace —dijo con un trémolo de emoción—. No puedo mentirle: en más de una ocasión sentí la tentación de estrangularía. Pero no lo hice: la quería demasiado para hacerlo. Escúcheme...

«Me habló largamente de su relación con Jean, del carácter frívolo e intrascendente de mi hermana, a pesar de lo cual él la amaba apasionadamente, Jean era como una niña,, poseía una mentalidad elemental,, como si en realidad fuera una adolescente de quince años.

»—Yo quería casarme con ella. Me atreví a comprar el camión y trabajé como un cafre, con la idea fija de que nos uniésemos y formásemos un hogar. Jean era buena chica, se comportaba decentemente..., ¿qué más podía esperar yo?

»Luego, ella comenzó a comportarse de aquella forma tan rara, Parrish no era un hombre culto, pero sí podía percibir que algún misterioso cambio se había producido en la mente de su novia.

»—Fue aquella ocasión en que estuve esperándola toda la noche.

Yo llegué por la tarde al chalet, pues tenía una copia de la llave. Y estuve esperándola hasta las ocho de la mañana. Jean llego con un aspecto lamentable... Confieso que soy muy celoso y que le di una bofetada. Pero me arrepentí...; ¡parecía tan enferma y desvalida! Hasta que encontré en su bolso playero aquellos lingotes de oro. Jean me contó una historia absurda... Yo soy un hombre muy violento, señorita Wallace, y la golpeé hasta cansarme. Y me marché. Entendía que ella se había entregado a la prostitución *y* yo no podía tragar con eso.

»Pero Parrish amaba de verdad a Jean. Y dos meses después volvió al chalet.

»—Había allí cinco hombrecillos que la rodeaban, haciéndola carantoñas. En cuanto aparecí en el pasillo, los enanos huyeron. Creo que se marcharon por la puerta de la cocina. No quiero hablarles del resto...

»—¡Por favor! —supliqué—. Sólo nos quedan doce minutos.

«Parrish inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

»—Le dije a Jean unas palabrotas. Le pregunté algo así como *"si ahora se lo hacía con gente del circo"*. Ella no me respondió. La miré con ansiedad y entonces advertí que... su vientre estaba abultado. Estaba embarazada. Y yo estallé en un paroxismo de celos y de violentos denuestos...

»Jean, impasible, le dijo a Parrish:

»—Vete, Bert. Será mejor para ti.

«Parrish se arrodilló ante ella, la abrazó, sollozó *y* se humilló. Al cabo, alzó la cabeza y preguntó, trémulo:

»—Dime, Jean, pequeña mía, ¿es un hijo nuestro?

»Ella le dirigió una larga mirada penetrante.

»—Lo siento, Bert. Tú nada tienes que ver en esto. *Lo que llevo en mi vientre es la semilla del diablo* —pronunció con voz átona, indiferente.

«Parrish se espantó. Y huyó de la casa.

«Había viajado de Norte a Sur y de Este a Oeste

durante seis meses. Cuando volvió a Frisco, Jean no estaba en su casa.

»—Las hierbas habían crecido por doquier en el jardincillo. Cuando di la vuelta al chalet, ratas, lagartijas, culebras y otras pequeñas alimañas escaparon corriendo... Todo aquello me deprimió. Pregunté a los vecinos, hice gestiones aquí y allá, pero nadie sabía qué había sido de Jean. Y nuevamente, profundamente amargado, volví a la carretera... Tres meses más tarde, volví a detenerme en Frisco —añadió Bert—, Yo no podía olvidar a Jean, ¿sabe? De alguna forma, intuía que a ella le ocurría algo extraño, incomprensible... Finalmente me decidí a visitar el chalet de Green Street. Era el anochecer. ..

»Utilizó su llave y entró. Desde el pasillo pudo escuchar el maremágnum de gritos, chillidos y voces que llegaba de! interior.

»—Estaba dispuesto a romperle la cabeza a cualquier tipo con el que me topase. Atravesé el salón y fui a la cocina... Jean estaba allí, sentada en una silla. Parecía un autómata, un ser carente de sensibilidad. Estaba delgadísima, pálida, casi amarilla, convertida en una vieja. Sentí una compasión sin límites y la abracé. Fue entonces cuando ellos brotaron de algún lugar oculto y cayeron sobre nosotros...

»—¿Ellos? —pregunté, absorta.

»—Los hombrecillos. Eran cinco. Vestían Unos ridículos trajes ”de personas”, si puede entenderme, e incluso llevaban sombrero. Ninguno de ellos medía un metro de estatura. Uno de ellos se afianzó a mi espalda y trató de hundirme los ojos, pero me alcé y comencé a repartir golpes, lleno de furia. Los vi rodar por el suelo a izquierda y derecha. Y entonces, de improviso, ¡desaparecieron !

»—Escaparon por la puerta de la cocina supongo —susurré.

»—¡ No! Desaparecieron eso es todo, *se desvanecieron en el aire* —Parrish se me quedó mirando a través de] cristal blindado—. Ya sé, piensa que yo estaba borracho. Pues se equivoca. Acababa de llegar de Phoenix y no había bebido más que agua por el camino.

»—Pero eso ¡es imposible! —exclamé.

«Parrish reflexionó un momento.

»—Creo que tiene razón, pero eso es lo que ocurrió, aunque en aquel momento no tuve tiempo de pensar —dijo—. Jean permanecía sentada en la silla como una estatua de granito y yo me incorporé.

Entonces noté que algo me ahogaba. Giré violentamente y noté que mi espalda chocaba con algo, pero no vi nada. El dogal que oprimía mí garganta se estrechó y yo grité como un becerro, sintiéndome morir. Caí al suelo, cerré los ojos cuando aquella bruma densa se abatió sobre mí. Como entre sueños, escuché el penetrante alarido de Jean, Algún tiempo después recobré el sentido. Me llevé la mano a la garganta, pues sentía un intenso escozor. En aquel momento, se oyó el chasquido de una puerta al romperse y vi entrar a unos policías. Me esposaron a la espalda y me sacaron de allí. Según supe esa misma noche, Jean había, muerto, estrangulada. Y me acusaron inmediatamente del crimen…

»Calló, fatigado. Yo lo observaba, compadecida, reflexionando sobre lo que acababa de oír.

»—Escuche, Bert: ¿Le habló Jean en alguna ocasión de unos lingotes de oro? —pregunté, al fin,

«Parrish alzó la cabeza, desanimado.

»—Sí, ya se lo dije. Fue en aquella ocasión que la esperé durante toda la noche. En el bolso playero de Jean había diez lingotes.

»—¿No le preguntó de dónde procedían?

»—No. Yo estaba ofuscado y celoso y me marché —Parrish parpadeó—. Eso demuestra que soy un hombre honrado, ¿no? Pude llevarme esos lingotes y… no lo hice.

»Era cierto. Puesto que yo misma había recogido las diez barras de oro.

»En aquél momento se oyó el zumbido que anunciaba el final de la entrevista.

«Parrish me miraba fijamente.

»—No me cree, ¿verdad? —murmuró.

»No sé qué oculto impulso me obligó a pronunciar:

»—Le creo, Bert. E intentaré ayudarle.

»Luego, antes de que pudiéramos cambiar una sola palabra, el funcionario tomó a Parrish por un brazo y se lo llevó.

CAPITULO VI

Torndike se levantó de su asiento.

—Vamos —dijo—. Me gustaría llevarla a cenar a Rosetti —consultó su reloj—. Son las diez y media. Espero que aún encontremos una mesa libre.

Cheryl Wallace se incorporó lentamente. Por un momento, dirigió una mirada al íntimo ambiente del *pub,* como si lamentara abandonar aquel lugar pero al fin tomó su bolso y siguió a Torndike.

Fuera, el ambiente era húmedo y frío. A lo largo de la acera en la que ambos se encontraban se veían aparcados docenas de coches en hilera. Los artísticos faroles de neón del barrio antiguo enviaban su luz sobre los brillantes adoquines del pavimento.

Caminaban hacia el «Lancia», cuando Torndike advirtió que Cheryl se detenía.

Se volvió y la miró: ella permanecía rígida como un bloque de mármol. Sus ojos, desorbitados, reflejaban pánico y las sensitivas aletas de su nariz estaban entreabiertas como si trataran de captar algo que escapaba a los sentidos del doctor Torndike.

—Están por aquí cerca —pronunció ella.

Torndike se inmutó. No era un 'hombre fácilmente impresionable, pero la extraña actitud de Cheryl Wallace y el tono con que había pronunciado aquella frase llevó a su ánimo un poco de inquietud.

—¿Están? —preguntó al fin—. ¿Quiénes?

—Ellos, los hombrecillos.

La tensión de Torndike se rompió en una corta carcajada nerviosa.

—Vamos Cheryl —dijo llanamente, y la tomó por el brazo—. No querrá decir que tiene miedo.

—Estoy aterrada —dijo ella en un susurro.

Torndike se dio cuenta en aquel momento de que ella permanecía auténticamente rígida y que su tirón apenas había movido a la mujer.

¿Un caso de histeria, epilepsia . quizá?

Torndike avanzó unos pasos por la acera, camino de su coche, estacionado a sólo unos diez metros de distancia. De la puerta entreabierta de Poker llegaba el rumor de animadas conversaciones mezclado con la música de un tocadiscos automático. Las circunstancias no eran como para aterrarse, pero...

Primero advirtió una leve sombra que se movía más allá del «Lancia». Y luego oyó una estridente risita ahogada, muy desagradable.

Perplejo pero dispuesto a todo, Brad Torndike corrió hacia la parte trasera de su coche con la intención de contornearlo y averiguar quién era el estúpido que se dedicaba a gastar bromas a aquella hora de la noche.

De improviso, algo se interpuso entre sus piernas y Torndike se fue al suelo bruscamente. Era un buen deportista, curtid» y elástico, pero el improvisado batacazo sobre las duras baldosas de la acera le dejó dolorido y conmocionado.

No había 'perdido el conocimiento, ni mucho menos. Empezó a incorporarse y vio... *aquel maremágnum de | cortas y delgadas piernas que. bailaban a su alrededor.*

Excitado y colérico, intentó aprehender una de aquellas piernas. Pero sus dedos crispados sólo agarraron... i el aire.

Hubo un griterío, como si una bandada de traviesos [chiquillos se alejase, y Torndike consiguió ponerse en ' pie.

Por encima de la carrocería de su coche, vio a las cinco menudas siluetas que escapaban hacia la esquina de Presidio Street.

Era algo increíble. Diez pequeños hombrecillos, de unos noventa centímetros de estatura, se alejaban rápidamente hacia la esquina, saltando y haciendo cabriolas. De vez en cuando se volvían, burlones, y proseguían su carrera hacia la fachada del viejo edificio de la esquina.

Impetuosamente, Torndike rodeó el coche y atravesó la calle hasta alcanzar el ángulo del edificio. Miró con ansiedad y... no vio nada.

Empecinado aún, cruzó al otro lado y registró minuciosamente los ocho o diez automóviles estacionados en la acera. Al cabo regresó hacía el Poker, con paso cansino y fatigado, palpándose los riñones.

Pasó entre su «Lancia» y un viejo «Rambler» y vio a Cheryl tendida en el suelo.

—¡Diablos! —gruñó, rabioso. Y se inclinó sobre la mujer.

Abofeteó ligeramente sus mejillas, pasó una mano por debajo de su cuello, y murmuró nervioso:

—¡ Por amor de Dios, Cheryl, por esta noche ya está bien de bromas!

Pero advirtió en aquel momento que ella estaba fría como un témpano. Alarmado, tomó su pulso y comprobó que apenas registraba treinta y ocho pulsaciones por minuto.

—¡Diablos y mil diablos! —gruñó, rabioso, recordando que jamás se había enfrentado con una situación tan lastimosa como aquélla.

Pero era consciente de que Cheryl Wallace estaba muriéndose y obró en consecuencia! Rápidamente, abrió la portezuela de su coche, tomó a la mujer en brazos y la recostó sobre el asiento.

Estaba ocupado en esta tarea, cuando algunos jóvenes que portaban guitarras se detuvieron a su altura. Uno de ellos asomó su cabeza por la ventanilla y exclamó con sorna:

—No se preocupe, viejo. La cama la resucitará.

Y se alejaron canturreando y bromeando. Torndike les maldijo entre dientes, pero se dio buena prisa en poner el motor en marcha y alejarse de allí.

El estado de Cheryl Wallace le alarmaba. No había otra solución que llevarla urgentemente a un hospital, pero Torndike no confiaba mucho en que la insuficiencia cardíaca que ella debía padecer fuera superada si no era inmediatamente atendida por médicos especializados.

Dio la vuelta temerariamente en Presidio Street y pisó el acelerador a fondo. Poco después alcanzaba Roosevelt Avenue y se dirigía hacia el Central Hospital haciendo sonar estrepitosamente el claxon.

Finalmente, tuvo que detenerse en un cruce congestionado de tráfico. Estaba golpeando ruidosamente las planchas de !a portezuela del coche para ver de abrirse paso en el embotellamiento, cuando advirtió que Cheryl se movía.

—Brad...

—¡Cheryl! —murmuró él, solícito—. ¡No, por favor, no se mueva! Vamos hacia el hospital. Dentro de unos minutos estaremos allí. No se preocupe, no se agite, relájese, por favor. No tema, yo estaré con usted.

Pero ella acababa de .incorporarse fácilmente y ponía en orden sus cabellos.

—¡Al hospital! ¿Para qué? —exclamó ella. Y dirigió una mirada a su alrededor, buscando su bolso. Miró a Torndike y pidió—: ¿Puede darme un cigarrillo?

—¡Dios santo, no! —estalló el médico, ferviente—. No puede fumar, ¿entiende? ¡ Está muy enferma, su pulso...!

—Me siento muy bien —le atajó ella. Y le envió una débil sonrisa —. Se lo ruego, deme un cigarrillo. No encuentro mi bolso.

Torndike se inclinó, incrédulo, tomó su tibia mano y auscultó su pulso. ¡Increíble! Setenta pulsaciones por minuto y un cálido tacto de seda en la piel de aquel brazo perfecto.

—Pero... ¡no es posible! —farfulló—. Hace pocos minutos, usted... ¡treinta y ocho pulsaciones por minuto!

—Me desmayé, ¿verdad? Sentí miedo, Brad, pero ahora me siento bien. Y sólo necesito un cigarrillo —insistió ella.

Torndike murmuró algo entre dientes. Algo así como «¡malditas complicaciones!», pero buscó su pitillera de plata y el mechero y se los ofreció a Cheryl.

Para entonces, unos cuatrocientos rabiosos conductores de otros tantos vehículos hacían sonar clamorosamente los claxons, pues el coche de Torndike les impedía circular.

Más rabioso de lo normal, el médico arrancó con ímpetu y apretó el acelerador. Doscientos metros más allá logró encontrar un espacio para aparcar. Y cuando el coche se inmovilizó, Brad se volvió hacia la guapa Cheryl Wallace.

—No lo entiendo -—gruñó--. Hace un momento estaba a punto de... Bueno, pude comprobar que estaba muy enferma, ¿comprende? Y ahora... ¿De veras no quiere que vayamos al hospital? Creo que

necesita un reconocimiento a fondo:

Cheryl, serena, fumaba pausadamente. Miró al médico y movió la cabeza.

—No, no. Estoy bien. Un ligero desvanecimiento ¿Qué..., qué ocurrió con ellos?

—Desaparecieron, ¡maldita sea! Se esfumaron, prácticamente. Parece cosa de... —«de brujería», iba a decir, pero se contuvo a tiempo—. Unos ladronzuelos, sin duda. Supongo que intentaban robar algo en mi coche. Por fortuna, conseguí ponerles en fuga -—dijo. E inmediatamente se sintió ridículo.

Una vez más preguntó a Cheryl si se sentía bien y repitió su punto de vista de hacerla reconocer por un médico especializado, pero ella se negó.

—Lléveme al hotel, por favor —pidió.

Haciendo acopio de paciencia, Torndike arrancó. Se esforzaba en dominar sus nervios a lo largo de las espaciosas avenidas hasta que el coche se detuvo ante la bella escalinata del Sheraton.

—¿Qué piensa de todo esto? —se decidió a preguntar él, antes de que Cheryl descendiese del vehículo—. Me refiero al incidente con esos hombrecillos, esos... enanos.

Una sombra cruzó por los bellos ojos de Cheryl Wallace.

—¿Recuerda lo que me contó Bert Parrish? —respondió—. Dijo que Jean estaba en su casa con cinco hombrecillos... Pues bien, creo que son ellos.

—¿Ellos? —un repeluzno recorrió la espalda del médico.

—Sí, ellos los hombrecillos que asesinaron a Jean —especificó Cheryl.

Empujó la portezuela, bajó e inclinó la cabeza para mirar a Torndike.

—Buenas noches, Brad. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado y todas sus gentilezas —dijo.

-—¡Espere! —gritó él, extendiendo una mano—. ¿Nos veremos mañana?

Cheryl se detuvo. ¿Reflexionaba? Al fin respondió con voz lejana:

—-Tal vez mañana… O pasado.

Confuso, Torndike la vio ascender con ligereza la escalinata y penetrar en el *hall* del hotel. El portero la saludó con una leve inclinación de cabeza y Cheryl desapareció tras los cristales.

Pensativo, Torndike puso el coche en marcha y se alejó.

Su mente se debatía en un torbellino de ideas encontradas, de vivencias, de sentimientos exaltados y mera de lugar.

Eran las once de la noche. Llevaba diez horas en compañía de Cheryl Wallace y aquella mujer había sabido influir en él intensamente. De tal forma, que ahora, el juicioso y responsable doctor Torndike se sentía profundamente desconcertado, incluso desquiciado.

¿Qué era lo que sabía acerca de aquella mujer? Mucho y nada. Todo lo que ella le había contado podía ser una historia bien urdida, un relato apasionante, pleno de incertidumbre y de angustia. Lisa y llanamente, ¿qué pruebas tenía que lo que Cheryl le había contado fuera verdad?

Sólo una: el lingote de oro. Torndike estaba seguro de que el metal que él había palpado en su mano era verdaderamente *oro.*

«De todas formas, éste no es asunto para un doctor en psiquiatría, como yo, sino un embrollo para la policía», se dijo.

De tal razonamiento se deducía algo tangible y concreto. Lo sensato era aconsejar a la señorita Wallace que se dirigiera a la policía…

Pero de repente Torndike se sorprendió pensando que se sentía atraído por el tono misterioso y turbio del caso. Aquel desvanecimiento de Cheryl, la presencia de los insólitos enanos burlones.

«Y además… ¿qué objetivo podría perseguir ella engañándome?», se preguntó.

Conducía sin rumbo, a velocidad moderada, a lo largo de Arabian Street. Y entonces recordó que no había cenado. Torndike era un hombre que gozaba por lo común de un excelente apetito, pero

aquella noche —curiosa excepción— no tenía hambre.

Se detuvo en Yes, un distinguido bar de Kings Yard, y bebió pausadamente un par de whiskies mientras su cerebro se esforzaba obsesivamente en asimilar todo lo que había sabido, sentido y experimentado desde el momento en que Cheryl Wallace entrase en su despacho.

Jean Wallace, Bert Parrish, los lingotes de oro, los hombrecillos... Todo ello danzaba en su mente formando un torbellino difícilmente ordenable.

Permaneció hasta algo más de las doce en Yes. Volvió al coche y se dirigió despacio a su casa.

Tomó un gran vaso de leche fría y se acostó. Un ruidito en el gran salón-bar-biblioteca le intranquilizó. Saltó de la cama y recorrió una por una las habitaciones, pero finalmente, más sosegado, volvió al lecho.

Durante las primeras horas de la noche, estuvo pensando en *los hombrecillos.*

CAPITULO VII

Brad Torndike despertó a las nueve de la mañana, restregó sus párpados y salió del lecho. Luegoˆ fue caminando descalzo hasta la espaciosa cocina, abrió el frigorífico con gesto de autómata, tomó un frasco de zumo de naranja y bebió largamente hasta saciarse.

—¡Cheryl! —murmuró entre dientes.

Y alzó la extensión de su teléfono de la cocina, marcó un número y escuchó impaciente.

—¿No está? —exclamó al fin.

—No. Canceló la reserva de su *suite* anoche y abonó su cuenta. Se ha marchado esta mañana, a las ocho. Yo mismo le pedí un taxi.

—Pero ¿no saben dónde ha ido, no dejó ningún recado?

—¿Es usted el doctor Torndike?

—;Sí! —exclamó, Brad, fervientemente.

—No sé hacia dónde se dirigió miss Wallace, pero tengo aquí una nota para usted. La dejó Cheryl Wallace.

—Léamela, por favor.

—«Tengo que averiguar algo. Volveré en cuanto pueda. Cheryl Wallace» —leyó el conserje de noche.

—¿Nada más?

—Nada, señor.

—Escuche, tal vez el portero logró retener la matrícula del taxi. ¿Podría averiguarlo? Es importante —insistió.

—Espere un momento. Trataré de comprobarlo No se mueva de ahí —le respondieron.

Un momento después escuchaba la voz del conserje.

—Lo siento, doctor Torndike, El portero no prestó atención. No puedo decirle nada más.

—Gracias —dijo Brad, malhumorado. Y colgó.

Se sentía como sobre ascuas, intranquilo, nervioso y rabioso.

Abrió el frigorífico y se tomó el resto del frasco de zumo.

—Calma —se dijo—. Al fin y al cabo, ¿qué significa Cheryl Wallace para ti? Probablemente, no es otra cosa que una formidable fabuladora, una de esas intrigantes neuróticas que gozan interesando y haciendo sufrir al prójimo.

Pero no podía impedir aquella ansiedad que le ponía los nervios de punta. Algo increíble en un hombre tan metódico, disciplinado y sereno corno el doctor Brad Torndike.

Se duchó con agua tibia, se afeitó y se vistió. No tenía ningún sitio adonde ir, puesto que había cancelado el fin de semana en Douglas Farm. ¿Qué podía hacer?

Torndike tenía buenas e influyentes amistades. Y decidió valerse de ellas para dar una tregua a la ansiedad que le mantenía en vilo.

Sin moverse de casa, utilizando sólo el teléfono, consiguió averiguar algunas cosas. Supo por ejemplo, que la profanación de la

tumba de Jean Wallace no era ninguna patraña, que Bert Parrish había sido examinado por los psiquiatras a instancias de las recomendaciones del director de la penitenciaría, las dos visitas de Cheryl a la sección de cajas de alquiler del Bank of Commerce, los trámites del testamento de Jean, las diligencias de la policía en un chalet de Creen Street...

Evidentemente, Cheryl había mencionado muchos hechos ciertos en su relato. Y, de todas formas, ¿qué interés podía tener ella en mentir a un doctor en psiquiatría.

Aquel domingo fue el más largo de la vida de Brad Torndike. No salió de casa en todo el día y bebió más de lo acostumbrado. Sentado en su cómodo salón-bar- biblioteca con una gran botella de cerveza al alcance de su mano, grabó en el magnetófono un resumen de cuanto había escuchado de labios de Cheryl Wallace.

Tenía la esperanza de que, tras estudiar una v. otra vez la narración, tendría una idea más clara de aquel enigmático asunto.

Lamentablemente, no fue así. Hacia las once de la noche,, Brad —un poco borracho ya— se fue a la cama y durmió pesadamente.

Volvió a llamar muy temprano al hotel Sheraton, pero le dijeron que la señorita Wallace no había vuelto ni enviado aviso alguno.

Torndike se dirigió a las nueve de la mañana a su consulta. Encontró a miss Sandra Leighton especialmente amable e irónica, pero no reparó demasiado en ello., pues sus pensamientos eran otros.

Atendió a cuatro riquísimas esposas de otros tantos riquísimos personajes, almorzó en Rosetti sin ganas *y* pasó la tarde en casa. Fred Parker le llamó y le echó en cara su falta de formalidad, pero Brad no estaba para bremas y se despidió bruscamente.

Aquella noche durmió mal y el martes fue a su consulta sin el menor estímulo.

«Peligro. —se dijo a sí mismo—. Es sintomático que empieces a perder el interés por tu trabajo.»

Ni mentalmente quería pronunciar el nombre de Cheryl Wallace, pero ella estaba constantemente en su pensamiento.

Había telefoneado docenas de veces al hotel Sheraton y nunca había obtenido la menor respuesta esperanzadora. Hasta que, de

improviso, cuando se despedía de Sandra Leighton aquel mediodía, sonó el teléfono.

—No se vaya, doctor Torndike —dijo la recepcionista con una sonrisita de complicidad—. Es la señorita Wallace.

De todas formas, Brad se traicionó al arrancar el auricular de un empellón de manos de miss Leighton.

—¡ Cheryl!

—He vuelto, Brad. Estoy en el hotel Sheraton. Me gustaría hablar con usted.

—¡Por amor de Dios, Cheryl! ¿Puede explicarme !a razón de que desaparezca repentinamente después de... después de...? —de pronto recordó que él no tenía la menor autoridad sobre Cheryl y cambió el tono—. Quiero decir que... he estado muy preocupado por su ausencia.

—Gracias. Yo tampoco lo he pasado bien. ¿Quiere almorzar conmigo?. Puedo pedir un almuerzo para dos. Si lo prefiere, comeremos en mi habitación.

—De acuerdo —respondió—. Estaré ahí en veinte minutos.

Tardó catorce minutos, exactamente, tanta era su ansiedad por reunirse con Cheryl.

Empujó la puerta de su *suite* y ella estaba esperándole. Vestía una larga túnica azul y parecía una diosa pagana. Pero era de carne y hueso. Y sus facciones tenían una palidez extremada. '

—Bueno, ya estamos aquí —dijo él, recuperando el resuello.

—.Me alegro mucho de verle, Brad. Discúlpeme; voy a ordenar que suban el almuerzo —respondió Cheryl.

Consumieron un menú ligero y confortante, despacharon una botella de jerez y otra de champaña, pero Cheryl no despegó los labios hasta que el mozo trajo una mesita rodante con café y licores.

—¿Qué diablos tenía que hacer por ahí? —estalló Brad en cuanto el mozo desapareció.

Cheryl puso a su alcance un sobre de color pálido.

—Me’ lo sugirió la última carta de Jean. Le ruego que la lea —pidió.

Torndike tomó el sobre y leyó la dirección. Estaba dirigido a la señorita Cheryl Wallace, 1001 de Chesnay Street, Chicago (Illinois).

Tímidamente, Brad introdujo dos dedos en el sobre y extrajo un pliego de papel vulgar, manuscrito. Observó que la letra era puntiaguda y muy irregular, como si la persona que había escrito aquella carta estuviera sometida a una gran tensión nerviosa.

Y leyó:

> Querida Cheryl:
>
> No sé si tendré ánimo para terminar esta carta. Nunca hemos estado muy unidas desde que nuestros padres murieron, pero ahora tengo la urgente necesidad de comunicarme contigo, porque posiblemente éstas serán las últimas noticias que recibas acerca de mí.

El preámbulo no podía ser más melodramático; Brad dirigió una fugaz mirada a Cheryl, que tenía sus ojos puestos en él.

> Sé que voy a morir, ése es mi sino. Cedí a la tentación y me dejé arrastrar por las más turbias tentaciones. Durante nueve meses he llevado en mi vientre la simiente del diablo, pero ellos va están fuera. Fui a un pueblecito llamado Las Villas, en Arizona y una mujer llamada Brígida se encargó de todo. A cambio, ellos me han cubierto de oro. Pero he perdido la paz, he alejado al hombre que amaba, Bert, y he encontrado la abominación y la desesperanza.
>
> No puedo olvidar la experiencia de Las Villas. Salieron de mi vientre y... ya corrían. Pero no soy yo solamente: conocí a una mujer llamada Tuesday Chester. Ella parió cinco, hace ya unos años. Los míos son tres, pero los repudio desde el fondo de mis entrañas. El diablo me convirtió en un ser execrable y maldito y tengo que pagarlo con la vida.
>
> Probablemente no volveremos a vernos, querida hermana. Ruega por mí, te lo pido por Dios. Y no permitas que nadie mueva mis pobres restos.

Ayuda a Bert; lo necesita. Ese es el último deseo de tu hermana.

Jean.

Torndike tragó saliva. Muy confuso, volvió a leer la carta, desde el principio hasta el final. Y luego extendió la mano y puso el sobre al alcance de Cheryl,

—¿Qué le ha parecido? —preguntó ella, expectante.

—Una carta melodramática e... incomprensible —confesó. Probó un sorbo de brandy con la secreta esperanza de aclarar sus ideas y añadió—: *Simiente del diablo, ellos...* ¿qué significa todo eso?. ¡No entiendo una palabra !

Cheryl se mostró indecisa. Pero al fin se decidió a hablar.

—Confieso que es una carta extraña e inquietante; Sin embargo, hay algunos datos concretos: Jean dice

que fue a Las Villas (Arizona) a ver a una mujer llamada Brígida y también mencionó a otra mujer llamada Tuesday Chester, ¿no lo ha advertido?

—Sí, pero...

—Fui a Las Villas, el domingo por la mañana. El pueblecito está cerca de la frontera y, aunque llegué a Phoenix en avión, tardé seis horas en trasladarme a aquella pequeña localidad. ¿Quiere saber lo que ocurrió allí?

—¿Por qué lo pregunta, Cheryl? Creo que si se negara a hablar, la ahogaría —respondió Torndike, inflamado.

—Bien. Entré en el único bar y tomé una cerveza, Y pregunté si alguien conocía a una mujer llamada Brígida. Había sólo media docena de hombres allí, pero en seguida noté que el aire se cargaba de electricidad. El dueño me dijo claramente que me invitaba la cerveza con la condición de que me largase inmediatamente. Eso fue lo que dijo literalmente. Y...

-—¿Se marchó?

—No podía hacer otra cosa —respondió Cheryl—. Aquellas gentes me miraban con irritación y miedo." No conseguí que me facilitaran la

dirección de Brígida, a pesar de mis ruegos. Salí. En la calle había unos chiquillos… Me acerqué a ellos con unas monedas en la mano y les pregunté si alguno de ellos querría guiarme hasta el domicilio de la mujer. La mayoría huyeron a la desbandada en cuanto me oyeron pronunciar la palabra «Brígida», pero uno de ellos, un mozalbete descarado y ávido, tomó el dinero de mi mano y me invitó a seguirle…

CAPITULO VIII

Abandonaron el pueblo y tomaron un camino que se dirigía hacia el Sur. El viento soplaba con violencia y arrastraba velozmente los negros nubarrones hacia el norte. Poco después, Cheryl notó que el polvo manchaba sus pestañas y se introducía en su cuello.

Al cabo de poco más de media hora de camino, el chico señaló el grupo de chozas miserables que se alzaba al borde de un cauce seco y agrietado.

—Es allí —dijo el muchacho—. Yo me vuelvo.

Y antes de que Cheryl saliera de su estupor, el mozalbete se había perdido de vista.

Tímidamente, avanzó hacia las chozas. Un perro tiñoso dejó de escarbar en un montón de sucios desperdicios y se puso a ladrarle. De una de las chozas brotaba un hilillo de humo azul. Varias gallinas, tan sucias y miserables como el perro, picoteaban aquí y allá.

Cheryl dio una voz, pero pasaron los minutos y nadie apareció. Finalmente avanzó unos metros y se decidió a apartar la mugrienta cortina que tapaba la puerta de la choza de la que brotaba el humo.

Al principio, apenas pudo ver nada, pues en el interior no había más luz que la que producía el fulgor de las brasas de una pequeña lumbre. Luego vio a la vieja encorvada que rezongaba entre dientes. Era muy delgada, pequeña y harapienta, su cráneo estaba prácticamente mondo de cabellos y su rostro era una máscara marfileña y diabólica, en la que brillaban dos ojillos como carbunclos.

Entonces sintió miedo y… repugnancia. Pero no había hecho un viaje tan largo para volver con las manos vacías. Sacó fuerzas de flaqueza, procuró no aspirar profundamente el hedor que reinaba en la sombría estancia y se atrevió a preguntar:

—¿Vive aquí una mujer llamada Brígida?

La vieja dejó escapar una risita destemplada.

—Adelante, hijita —gruñó—. Siéntese..., si puede. Yo soy Brígida.

Cheryl penetró en la estancia. Habituados los oíos a aquella semipenumbra, contempló la silueta inquietante de un gran búho, que, con las grandes alas desplegadas, colgaba del techo. Algo se movió en la oscuridad... Cheryl apenas pudo contener un chillido de espanto al ver brillar un par de ojos verdosos en la oscuridad... Una enorme iguana se ocultaba bajo la silla renqueante que ocupaba la anciana.

De repente, Cheryl comprendió por qué todos los .del pueblo temían escuchar el nombre de Brígida: *era mía hechicera.*

—¿La asustó «Paquita», señora? —Brígida acarició el abrupto lomo del saurio—. No tema, es inofensiva. Además, me sirve de compañía y ahuyenta a los crótalos.

Un ambiente «maravilloso» para mantener una conversación difícil, pensó Cheryl. Pero estaba dispuesta a llegar al final y se sentó lentamente sobre un rústico banquillo fabricado con láminas superpuestas de corcho sin cocer.

—Ya veo —gangueó la vieja, que la observaba sin parpadear—. Has vuelto a las andadas, ¿verdad? Ya lo suponía... ¡ Es el brillo del oro, del oró! ~se excitó, I brillantes los vivos ojillos—. ¿Desde cuándo?

La vieja se alzó de la silla con increíble rapidez, se acercó a Cheryl y palpó su vientre. La iguana corrió en pos de ella como un perrillo faldero.

Profundamente impresionada, asqueada; Cheryl se | puso en pie de un salto y retrocedió.

—¡Pero..., pero...! -murmuró—, ¿Puedo saber qué i es lo que hace?

Brígida la miró con fijeza. Y súbitamente rompió en una risa cascada, muy desagradable.

— ¡Ya lo comprendo! —gangueó, mostrando las encías desdentadas —. ¡No eres tú, *sino su hermana!* La actitud de la anciana cambió bruscamente. Retrocedió unos pasos y miró a Cheryl con intensa desconfianza.

—Me denunciaron los del pueblo, es eso, ¿verdad? ¡Malditos ellos y malditos todas sus generaciones! —chilló, histérica—. Porque tú debes ser una de esas chicas de la policía, ¿no es cierto?

Un tanto recuperado el ánimo, Cheryl negó con la cabeza.

—Tranquilícese. No soy policía. Usted ha adivinado la verdad: soy Cheryl Wallace hermana de Jean Wallace. Mi hermana vino a verla, usted la ayudó a dar a luz. Sólo..., sólo quiero hablar con usted, Brígida. Le pagaré, le pagaré muy bien. Pero necesito saber cuanto le ocurrió a mi hermana. ¡Por favor! —suplicó.

Más serena, la vieja estudió la propuesta de la señorita Wallace con expresión pensativa, aunque todavía se mostraba recelosa. Luego caminó hacia el rústico armario elementalmente armado con cajas de embalaje superpuestas y tomó una botella de aguardiente de cactus, de la que bebió un largo trago. Con un gesto brusco, ofreció la botella a Cheryl, pero ésta se apresuró a rehusar la invitación..

—Vamos a hablar, vamos a hablar —gruñó. Se frotó las esqueléticas manos y se sentó, con la botella al alcance de la mano. La enorme iguana se agazapó entre sus piernas—. ¿Cuánto estarías dispuesta a pagarme, hija?

—Cinco mil dólares —respondió Cheryl.

—Cinco mil, ¿eh? No está mal, no está mal... Pero si hablo, correré mucho peligro. Tú podrías denunciarme a la policía más tarde, ¿comprendes? Dicen que lo que hago es ilegal... Aunque sólo me limito a resolver los problemas de algunas jovencitas fogosas. ¿Por qué no... diez mil dólares?

Cheryl se mordió los labios, nerviosa.

—De acuerdo, tendrá los diez mil y ni un solo centavo. Pero quiero que responda a todas mis preguntas sin rodeos —exigió.

—¿Tienes ahí el dinero?

—Sí —Cheryl abrió su bolso y arrojó un gran fajo

de billetes sobre el regazo de la hechicera—. Ahí tienes cinco mil. Le daré el resto del dinero cuando terminemos de hablar.

La mujeruca tomó el fajo entre sus descarnadas manos y lo manoseó con un rictus de codicia.

—Está bien, te lo contaré todo. Pero... ¿vas a quedarte en pie durante todo el tiempo? —gruñó. Y Cheryl se sentó con cuidado sobre el escabel de corcho.

* * *

—¿Cómo supo mi hermana que usted podría..., podría ayudarla? —preguntó la joven.

La vieja se atizó un buen trago de aguardiente de cactus. Eructó ruidosamente y avivó la lumbre.

—Fue a través de Tuesday Chester, que también vino aquí para pedir mi ayuda. Ambas vivían en San Francisco y Jean conoció a Tuesday : fue ella la que le recomendó que viniera aquí. «La vieja Brígida es experta y muy discreta», le dijo. Jean hizo las maletas y tomó el avión para Phoenix, luego cogió un taxi y vino aquí. No tuvo necesidad de preguntar en el pueblo, porque Tuesday le había explicado el camino a seguir para llegar a esta choza...

—Hay algo que no logro entender. ¿Por qué vinieron aquí ambas, qué le pasó a Tuesday Chester? —preguntó Cheryl, perpleja.

La vieja dejó escapar una risita cloqueante.

—¡Oh, oh, ellas tenían sus problemas! Digamos que estaban embarazadas.

—Pero ése no es suficiente motivo para sepultarse en un lugar como éste.

Brígida seguía hablando, sin reparar en la observación de la joven.

—Jean era muy buena chica. Era discreta, callada, sabía sufrir en silencio... Tuesday, sin embargo, bebía demasiado, era parlanchina y entrometida. Después de dar a luz, se escapó una noche al pueblo cercano, Las Villas. Se emborrachó y habló en el bar. Desde entonces, esos malditos me hacen la vida imposible. Vienen aquí por la noche, apedrean mi choza, me insultan, incluso han llegado a amenazarme con quemarme viva...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué? *¿Qué* le pasó a Tuesday? ¿Qué ocurrió con Jean? —preguntó Cheryl, estupefacta.

La vieja buscó la botella a tientas. La iguana asomaba su cabeza entre los esqueléticos tobillos de la hechicera; los ojos del saurio

contemplaban fijamente a la intrusa.

—Jean aseguraba que el demonio la había poseído —habló al fin la anciana—. Y te aseguro, hijita, que todos los infiernos parecían bullir en su vientre...

Explicó a Cheryl que cuando Jean llegó a la choza su vientre estaba terriblemente abultado, aunque no tanto como el de Tuesday.

—En seguida sospeché que tu hermana traería al mundo tres o cuatro criaturas. No me preocupé demasiado, yo sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo. Pero ocurrió lo mismo que en el caso de Tuesday.

—¿Qué —preguntó Cheryl, ávida.

—Tu hermana dormía en una de esas dos chozas que flanquean la mía —explicó la anciana—. Por la noche, toe despertaron sus alaridos, lo cual no es muy extraño, pues yo apenas duermo. Me levanté de ese camastro y fui a verla. A la luz de un cabo de vela, la vi retorcerse en la cama. Su rostro estaba deformado y tenía un tinte verdoso. Traté de ayudarla, sospechando que ya había llegado su hora, pero no era así. Por fin, se calmó un tanto y se durmió. La arropé y me volvía ya a mi choza cuando escuché aquellas voces, las risas, ¡os chillidos. Jean estaba dormida, pero bajo la manta *algo se movía a la altura de su vientre.* Aparté la ropa y levanté su camisón. En efecto, *las criaturas que albergaba en su vientre se movían, como si peleasen entre sí.* Y no sólo se movían: *gritaban, chillaban y se insultaban* de modo espeluznante. Las palabras sonaban claras, pero yo no pude entenderlas, pues gritaban en algún idioma desconocido.

—¡Dios mío! —exclamó Cheryl, aterrada.

—Estuve velándola durante mucho tiempo. Al alba, *ellos* callaron, Jean despertó y había recobrado su aspecto normal. Estaba un poco pálida, como fatigada, pero su rostro no estaba monstruosamente deformado como la noche anterior —añadió Brígida.

Cheryl ocultó el rostro entre las manos.

—No puedo creer esto —sollozó—-. ¡ Es demasiado horrible !

La vieja dejó escapar su característica risita.

—Tú querías saberlo todo, hijita ¡—gangueó—. ¿Por qué te asustas ahora? ¿Prefieres ignorar el resto?

Cheryl apartó sus manos del rostro con cierta ansiedad .

—¡No! ¡Quiero saberlo todo! —exigió, decidida.

—Está bien, está bien —Brígida se inclinó para acariciar la terrorífica cabeza de la iguana—. A la noche siguiente, volvió a ocurrir algo semejante: Jean se revolcaba en la cama como si sufriera todos los tormentos del infierno y sus criaturas bullían en su vientre, chillaban y se insultaban.

—¿Cuándo..., cuándo dio a luz? —preguntó la joven, seca la garganta.

—Una semana más tarde. Me llamó a gritos y yo acudí en seguida. Tenía un aspecto atroz y temí que se me muriese en los brazos, pero resistió hasta el final. Yo suponía lo que iba a ocurrir y estaba preparada para verlo todo sin flaquear...

—¿Qué ocurrió?

—Una a una fueron saliendo tres criaturas. Eran idénticos a los cinco que parió Tuesday Chester...

—¿Qué quiere decir?

—Tenían apariencia humana, con algunas diferencias, pero apenas medían veinticinco centímetros y... *¡salieron corriendo cuando los puse en una cesta de mimbre!* —exclamó la vieja, espeluznada.

Cheryl exhaló un débil gemido

—Siga —pidió.

—Logré agarrar a uno de ellos y lo miré, pasmada de asombro. Era tan proporcionado como un adulto, aunque sólo midiera un palmo. Tenía los ojillos abiertos... Pero no eran como los nuestros: *eran como los de las moscas.*

Cheryl se puso en pie.

—¡ Está usted loca, ahora lo comprendo! ¡ Todo eso que me cuenta es un bulo, una burda fábula...! —exclamó, impaciente.

—Loca, ¿eh? —Brígida lanzó una risita cascada—. Yo te diré la verdad: no quieres rendirte a la evidencia porque es demasiado horrible. Pero estos ojos míos, que han de devorar pronto los gusanos —la vieja se golpeó el pómulo derecho con un huesudo dedo

extendido—, lo vieron todo. Tenían los ojos como las moscas, ¡ como las moscas! ¿Sabes lo que quiero decir? Eran de color verdoso y carecían de pupila; estaban formados por miles de pequeñas células redondeadas y carecían de párpados y pestañas. Eso es lo que yo vi.

Cheryl hizo un esfuerzo por controlar sus náuseas.

—Supongamos que no me está mintiendo —dijo al cabo—, ¿qué ocurrió después, dónde están esas criaturas?

—¡Desaparecieron! El que yo tenía en mis manos se revolvía con tremenda fuerza y temí que me mordiese. Lo solté y... escapó corriendo. Había oscurecido ya y yo no podía correr tras ellos. Me pareció lo mejor. «¡Largaos, engendros del Averno!», grité, y me desentendí del asunto. Cuando volví junto al lecho, Jean me contemplaba con los ojos muy abiertos. «Los he visto —dijo—. Y verdaderamente parecen hijos de Satanás.» No volvimos a hablar del asunto y ella se repuso en pocos días. Su espíritu había cambiado y se movía como una sonámbula. Una mañana la vi vestida y peinada. «Me voy», dijo. Y yo la dejé ir: me había pagado ya 10 acordado.

Calló y volvió a beber. Cheryl permaneció en silencio unos minutos, con los ojos fijos en el fuego, abrumada por lo que acababa de escuchar.

Finalmente alzó la mirada. La vieja, un poco borracha, canturreaba una extraña melopea.

—¿Y Tuesday Chester? No me ha hablado usted de ella —dijo.

—¿Me darás los otro cinco mil dólares? —exclamó la vieja, codiciosa.

Cheryl abrió su bolso y le entregó el resto del dinero.

—Tuesday tuvo cinco de esas horribles criaturas, hijita.

—¿Escaparon, también?

—Eran más pequeños que los de Jean y... ¡corrían como lagartijas! Tuesday se asustó mucho y hablaba continuamente a solas. Al cabo del tiempo se marchó, estuvo en el pueblo bebiendo y dijo que la tía Brígida le había ayudado a traer al mundo cinco pequeños" demonios. Los vecinos se asustaron, armaron un escándalo y estuvieron aquí, a punto de lincharme. Por suerte, el padre Calvo me sacó de entre sus garras...

—¿Y Tuesday? ¿Dónde está ahora?

-—Jean dijo que se emborrachaba continuamente Finalmente, se volvió loca y la enviaron al manicomio de Tucson. Allí debe estar todavía, si no ha muerto —aseguró la anciana.

Cheryl Wallace se puso lentamente en pie. Le dolía la cabeza, tenía palpitaciones en las. sienes y sentía unos enormes deseos de echarse a llorar, pero logró contenerse.

—Me marcho —dijo, desmayadamente.

La vieja no se levantó para despedirla.

Pero cuando Cheryl apartaba la mugrienta cortina para salir, se detuvo al oír sus palabras.

—En el pueblo, todos dicen que soy una bruja, pero la verdad es que sólo soy una pobre vieja, desvalida, tullida y enferma. No creo en el diablo... De todas formas, sé que las criaturas que Tuesday Jean trajeron al mundo no eran demonios...

Cheryl se volvió, repentinamente interesada.

—¿Cree que eran... seres humanos? —preguntó.

Brígida movió la calva cabeza.

—¿Seres humanos, personas? Tampoco creo que lo fueran... Eran seres de otro mundo, estoy segura —gruñó. Y se echó al coleto la botella nuevamente.

CAPITULO IX

Torndike dejó el cigarrillo sobre el cenicero. Luego cogió la copa y bebió un sorbo de brandy.

Reflexionó, tras dirigir una lenta mirada a la mujer que tenía enfrente.

—Cheryl, tú eres una mujer de este mundo. Una mujer, joven saludable y bien educada. No puedes creer al pie de la letra todo lo que esa vieja te dijo —habló, tratando de poner la mayor convicción en sus palabras.

—No sé qué pensar, Brad. Me siento... atormentada. Apenas puedo dormir por las noches y constantemente tengo la sensación de ser vigilada —respondió. Pasó sus largos y finos dedos por la frente y añadió—; Además, algunos datos de la carta de mi hermana concuerdan con lo que me dijo esa anciana: el caso de Tuesday Chester, sus frases; «ellos me han cubierto de oro»... «Salieron de mi vientre y... ya corrían»... Incluso llegó a adivinar su muerte, aunque no logro entender cómo.

Brad se agitó, inquieto.

—Es una historia sórdida, insólita e... increíble —pronunció—. Pero aún no me has dicho por qué tardaste tanto. ¡Casi tres días...!

—Fui a Tucson, desde Las Villas. De repente, sentí la necesidad de entrevistarme con Tuesday Chester —confesó Cheryl—. Pensé que, aunque sus facultades mentales estuvieran perturbadas, tal vez recordase algo importante relacionado con mi hermana.

—¿La viste?

—Me entrevisté con el director en su despacho y supe que Tuesday Chester había muerto, tres meses atrás. Se colgó de los barrotes de la reja de su habitación y murió ahorcada. El director me dije» que Tuesday era considerada como una demente no violenta. Según dijo, su locura sólo se manifestaba en mantener largas conversaciones consigo misma, en las que mencionaba palabras como «diablo» y «semental». Me aseguró que Tuesday, en sus delirios, mencionaba obsesivamente un lugar de la costa del Pacífico llamado Gray Rocks...

—Lo conozco —.exclamó Torndike—. Es un acantilado abrupto, situado a unos ciento treinta kilómetros de prisco, hacía el Norte.

—Tuesday solía decir: «Descendí al mar desde Gray Rocks, penetré en las aguas y llegué hasta el trono del diablo. Y luego él me poseyó.»

Torndike se levantó, muy excitado.

—¿Y qué significa todo eso? —exclamó, en voz más alta de lo normal—. Piensa que son las palabras de una loca, de una visionaria... Una persona sensata no les daría mayor importancia.

Cheryl sonrió débilmente.

—No creo que yo sea una persona sensata, al menos en estas circunstancias. Sí todas esas cosas que ocurren, que me han contado, sólo son fábulas, ¿por qué me siento tan inquieta? —repuso.

Torndike no quiso confesar que también se sentía inquieto. No lograba explicarse de una forma lógica el incidente ocurrido el sábado anterior ante el *pub* Poker, ¿Qué podía hacer para ayudar a la preciosa mujer que tenía delante? En algún momento, había pensado que lo mejor era recurrir a la policía, pero considerándolo fría-' mente, ¿qué denuncia podrían hacer ante las autoridades policiales? ¿Denunciar la agresión sufrida ante el Poker, explicar que dos locas mujeres habían traído al mundo a ocho pequeños seres de repugnante apariencia? No, definitivamente, no había que contar con acudir a la policía. Se hubieran reído de él en sus narices.

—Pero no es sólo lo que yo he sabido por la carta de Jean o por las declaraciones de esa anciana en Las Villas —dijo Cheryl en aquel momento—. Puedo jurar que no es la primera vez que sufro el acoso de esos hombrecillos.

Brad interrumpió su paseo a lo largo del salón y volvió a sentarse.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Quieres decir que eso ocurrió en Chicago?

Cheryl asintió con gesto grave,

—Cuéntamelo todo, por favor —pidió Torndike,

* * *

Jess Turner penetró bruscamente en la sección de diseño.

—¿Quiere venir a mi despacho, señorita Wallace? —preguntó,

Cheryl vaciló un instante.

—Iré en seguida, señor Turner —respondió.

Cuando penetró en el despacho del gerente, Cheryl .sospechaba ya el motivo de aquella consulta, pues su jefe estaba examinando sus bocetos de modas.

Después de invitarla a sentarse, Turner fue directo al asunto.

—La estimo demasiado, personal y profesionalmente, para abrumarla con reproches, señorita Wallace. Pero he visto sus últimos trabajos y he reflexionado... Bien, supongo que ha trabajado demasiado. La he observado y la he visto, muy nerviosa e inquieta. Es usted nuestra mejor creadora, Cheryl. De usted dependen nuestras colecciones de primavera-verano y no quiero cometer errores en ese aspecto. Así pues, prefiero concederle unas vacaciones ahora, con el fin de que se recupere y descanse. Puede tomarse el mes de octubre completo y terminar los bocetos después. Naturalmente, serán unas vacaciones pagadas. ¿Qué responde? —dijo el gerente,

Cheryl vaciló. Estimaba mucho al viejo y experto Jess Turner y le hubiera gustado sincerarse con él, pero tal cosa era absolutamente imposible. ¿Cómo explicarle todos los raros incidentes y fenómenos que estaban ocurriendo a su alrededor...? Turner pensaría que se había vuelto loca..

Lo mejor, pues, era aceptar la propuesta del gerente. Las vacaciones extraordinarias tal vez le permitieran abandonar Chicago y alejar sus temores.

—Se lo agradezco, señor —respondió—. Es cierto que no me siento muy bien últimamente. Tengo los nervios alterados y 'apenas logro concentrarme en el trabajo. Creo que unos días de descanso me irán bien.

—Eso espero —dijo Turner, afectuoso—. En cuanto a *esos* nervios... Bien, si me permite decirlo, yo creo que lo que necesita es casarse.

—Tal vez lo haga... algún día —sonrió forzadamente Cheryl. Y se despidió de Jess Turner.

Volvió a su lindo y cómodo apartamento antes del mediodía. Y no pudo evitar un escalofrío de pánico cuando, al abrir el ropero para cambiarse de ropa, advirtió el fulgor dorado en el fondo de la estantería.

Habían depositado allí diez lingotes más. Ahora había, en total, cuarenta lingotes de brillante metal.

Abrumada, Cheryl cerró de golpe el armario y huyó a la cocina.

—¡Dios mío. Dios mío...! —murmuró, llena de congoja.

Súbitamente, unos meses atrás, habían comenzado a producirse aquellos incidentes. Primero fue aquella angustiosa sensación que la obligaba a volverse constantemente hacia atrás para comprobar si alguien la seguía. Por lo común, no había advertido nada sospechoso, aunque es cierto que en ocasiones oía risas misteriosas que parecían brotar del mismo aire.

Un mes más tarde se produjo el primer encuentro concreto. Era una tarde de domingo y Cheryl regresaba a casa después de haber realizado una excursión por las riberas del lago Michigan. Venía muy cansada y pensaba meterse en la cama en cuanto se hubiera bañado y tomado un vaso de leche fría. Abrió la puerta de su apartamento y... se encontró con el hombrecillo,

Al principio no se asustó; sencillamente se sorprendió.

—¿Quién es usted, qué hace aquí, cómo ha logrado entrar? —preguntó con dureza al grotesco personaje, que vestía un trajecito gris, sombrero hongo y se calada unas gafas oscuras demasiado glandes.

—Hemos venido a entregarte un presente —fue la respuesta. Y pasmada de asombro, Cheryl comprobó que el enano hablaba sin .mover los labios.

—¿Quiere decir... unos pases para el circo? —inquirió ella, desorientada. Pues al ver al enano lo había relacionado mentalmente con los espectáculos circenses.

El hombrecillo dejó escapar una carcajada interminable, saltó hacia atrás en una increíble pirueta y corrió pasillo adelante.

—¡Sígueme, sígueme! —chilló.

Llena de perplejidad, obedeció. El hombrecillo se introdujo en la cocina. Allí, sentados en posturas inverosímiles, unos en el frigorífico, otros sobre los fogones, halló a otros cuatro enanos, idénticos al que la había recibido,

Al verla aparecer, todos prorrumpieron en agudos chillidos y saltaron ágilmente al suelo. Luego la rodearon, saltaron y bailaron alrededor de ella en una vorágine de piruetas, chillidos y carcajadas burlonas.

Cheryl los observó, incrédula. Los hombrecillos apenas llegaban al metro de estatura y eran corpulentos y rechonchos, aunque muy

ágiles.

«¿Qué broma es ésta?», pensó, excitada. Y, como pudo, escapó de la cocina, corrió a su dormitorio y descolgó el teléfono de la mesilla.

Muy atolondrada, marcó el teléfono de la policía y explicó con palabras balbucientes lo que estaba ocurriendo en su casa.

—¡ Por favor, vengan en seguida; estoy aterrada! —añadió.

Una serena voz varonil le aseguró que un vehículo autopatrulla se ponía en marcha en aquellos momentos, y Cheryl se tranquilizó un tanto. De todas formas, había cerrado con cerrojo la .puerta de su dormitorio y no se movió de allí hasta que sonó el timbre de la puerta de entrada.

Entonces salió y corrió a abrir. Cedió el paso a dos corpulentos policías uniformados y dijo:

—En la cocina..., ¡estaban en la cocina!

Un minuto después, los policías se reunían con ella. La contemplaban fijamente, sin amabilidad.

—Señorita Wallace, no hay nadie en esta casa, a excepción de usted y nosotros dos —dijo el más veterano—. *¿De* veras se encuentra bien? Quizá ha bebido unas copas de más y...

—;No he probado una sola gota de alcohol! —gimió

Cheryl, exasperada—. Y ellos estaban aquí, es cierto, lo juro.

—Veamos —©1 policía hacía derroche de paciencia—. No hay ninguna ventana abierta, ni fracturada. La puerta no presenta señales de violencia y, por otra parte, estamos en la planta séptima. ¿Cree que esos hombrecillos escaparon volando? Créame, .señorita Wallace, váyase a la cama y olvide esa pesadilla.

Cheryl les acompañó hasta la puerta y balbució unas palabras de despedida. Luego volvió a la cocina, trastornada y nerviosa, retorciéndose las manos y dominada por la inquietud.

¿Una visión, un delirio...? La verdad era que desde que comenzara a sentir la sensación de ser seguida y vigilada constantemente sus nervios estaban tensos como cables de acero, pero...

«Tomaré un vaso de leche y un par de píldoras sedantes e intentaré dormir», se propuso.

Buscó el tubo de las píldoras y luego fue a la cocina' para servirse un vaso de leche fría. Abrió el frigorífico, tomó la botella de leche y... el recipiente se deslizó de entre sus dedos y se hizo trizas sobre el pavimento,

Obsesionada, contempló los diez lingotes de oro que resplandecían sobre una bandeja. Alargó una mano, temerosa, acarició el frío metal pulido...

«Hemos venido a entregarte un presente», había declarado el primero de los hombrecillos. Y allí estaban diez lingotes de oro.

Cheryl exhaló un gemido, cerró el frigorífico con brusquedad y huyó a refugiarse en su dormitorio, donde se encerró con cerrojo y permaneció tensa y asustada hasta que, muy de madrugada, el sueño la rindió.

CAPITULO X

Los meses siguientes se convirtieron en una auténtica pesadilla para Cheryl Wallace.

Oía con frecuencia voces susurrantes y siseos, que... se desvanecían en el aire, pues en cuanto se volvía de un respingo comprobaba, espantada, que nadie la seguía.

En varias ocasiones, advirtió la evidencia de que alguien había visitado su apartamento: sillas caídas, ropas y enseres revueltos, muebles abiertos... Cambió la cerradura antigua por otras dos de seguridad, pero aquella precaución no bastó para poner fin a las incursiones de los intrusos.

No se atrevía a recurrir a la policía, temerosa de que se burlaran de ella.

Así, poco a poco, comenzó a padecer de los nervios, a volverse inquieta y asustadiza. Por entonces, se decidió a visitar al doctor Douglas Brown, un prestigioso psicoanalista..

Cheryl no se sinceró con el médico; se limitó a solicitar unas sesiones de psicoanálisis. La verdad era que necesitaba ayuda urgente.

El doctor Brown la atendió con solicitud durante varias semanas y la sometió, además, a una serie de exhaustivos análisis clínicos.

—Veo en usted a una persona absolutamente normal, señorita Wallace —fue su diagnóstico. Y sus palabras sólo sirvieron para llevar la desesperanza al ánimo de Cheryl.

Finalizaba el verano, cuando volvieron a hacer su aparición los hombrecillos. Cheryl descansaba pesadamente en el lecho a la hora de la siesta, cuando despertó bruscamente.

¡Alguien acababa de tocarla...!

Como estaba semidesnuda, soltó un alarido de espanto y abandonó la cama de un salto.

Apresuradamente, tomó una bata y se vistió. Alrededor de ella estaban los. cinco enanos. Eran idénticos entre sí: todos vestían los mismos ridículos trajecitos grises, calzaban pequeñas botas lustrosas, cubrían sus ojos con desmesuradas gafas de sol y llevaban pequeños sombreros hongos.

—Ya es hora de que emprendas el va je —dijo uno de ellos, sin mover los labios.

Cheryl retrocedió.

—¡ Salgan de aquí inmediatamente! —chilló histérica.

Nunca debió gritar, porque los hombrecillos hicieron corro alrededor de ella y comenzaron a saltar y a bailar grotescamente, al tiempo que cantaban una extraña melopea en un idioma desconocido.

Se burlaban de ella, la acosaban, la mareaban con sus constantes saltos y giros, daban inopinados tirones del borde de su bata...

Desesperada y rabiosa, Cheryl trató de agarrarlos, de golpearlos. Pero los hombrecillos eran demasiado veloces y fácilmente se ponían fuera de su alcance.

—¡Dios mío! —gimió Cheryl, retrocediendo hacia un rincón, dominada ya por e! pánico.

En aquel momento se dejó oír el timbrazo. Los hombrecillos se detuvieron, rígidos. Y luego corrieron veloces y escaparon del dormitorio.

También Cheryl corrió, hacia el vestíbulo. El timbre seguía sonando.

Abrió la puerta y encontró a Margie Stevenson su vecina.

—;Por amor de Dios, Margie, entre! —suplicó.

—¡ Cheryl! —exclamó ¡a señora Stevenson al contemplar la extrema palidez del rostro de la joven—. ¿Está enferma?

Cheryl se derrumbó en sus brazos. Luego Margie entró, le trajo un vaso de agua y un sedante. '

—¿Están... ahí? —susurró Cheryl, espantada aún.

—¿Están...? ¿Quiénes? —preguntó la señora Stevenson, perpleja.

La joven dejó escapar el aire contenido en sus pulmones.

—¡Por fin! —murmuró—. Se han ido...

A la señora Stevenson le fue imposible obtener una explicación coherente por parte de Cheryl. Hablaba de unos hombres diminutos que la hostigaban y la torturaban.,., pero todo ello era tan confuso y absurdo que la buena mujer optó por imaginar que su vecina había tenido una pesadilla.

Todavía permaneció un rato con ella, hasta que Cheryl se tranquilizó un tanto. Y luego se marchó, recomendándole que no se esforzara tanto en su trabajo.

Pero los hombrecillos volvieron esa misma noche.

Cheryl había escapado de la casa y permaneció fuera de ella hasta las once. A esa hora, harta de caminar sin rumbo, sin otro objeto que embotar su mente y alejar sus temores, no tuvo otro remedio que volver a su apartamento.

Abrió la puerta, temerosa, y atisbo en el pasillo. La casa permanecía en silencio, desierta, al parecer.

Pero en cuanto hubo echado el cerrojo con un suspiro de alivio, los hombrecillos brotaron como duendes desde detrás de los sillones y el diván del salón. Parecían diminutos diablillos, personajes malignos y retozones, que bullían, saltaban, hacían cabriolas y chillaban con un guirigay espantoso a su alrededor.

—¡ Por favor, por favor! —gimió Cheryl, descompuesta—. Díganme qué es lo que quieren. ¿Por qué me martirizan de este modo? —y se derrumbó, exhausta, sobre el diván.

Al fin, los personajillos se detuvieron. Uno de ellos se aproximó, hizo una burda reverencia y dijo, sin mover los labios:

—Te hemos traído otro presente. Está en la cocina. Pero es hora ya de que te pongas en camino.

—¿Quiere... decir que debo hacer un viaje? —inquirió, estupefacta.

—Sí —respondió el enano—. Tienes que ir a San Francisco.

—¿San Francisco? ¿Por qué?

—El Gran Semental te está esperando —fue la inaudita respuesta.

i El Gran Semental!

El cerebro de Cheryl Wallace estaba todo lo embarullado que pueda imaginarse, pero aquellas palabras le sugirieron una idea terrible... Según Jean, ella se había entregado al diablo y luego había traído al mundo a tres pequeños y abominables seres. ¿Es que aquellos hombrecillos pretendían que ella se sometiera a una práctica semejante...?

Súbitamente los nervios de Cheryl estallaron. Una rabia honda la impulsó a incorporarse y a saltar sobre el enano que le hablaba. De un papirotazo le arrancó las gaitas, que chocaron contra la pared y sé hicieron trizas.

iba a seguir golpeando a aquel personajillo, perdido por completo el control, cuando miró aquellos ojos.

Ojos de mosca, ojos compuestos como los de ¡os insectos, formados por miles de diminutos elementos oculares. Así eran los ojos de aquel hombrecillo.

La respiración de Cheryl se cortó bruscamente, sus ojos se desorbitaron y sus mandíbulas crujieron como efecto de la tremenda tensión emocional. Luego sus rodillas se doblaron y cayó al suelo.

Despertó doce horas más tarde. El teléfono acababa de sonar insistentemente. Cheryl dejó escapar un gemido y se arrastró hacia el aparato. Quien llamaba era Jeff "Turner, su jefe, preocupado por el

hecho de que Cheryl no hubiera acudido al trabajo a la hora de costumbre.

.—Una ligera indisposición —mintió ella—. Volveré mañana.

—Cuídese, Cheryl. ¿Quiere que vaya a visitarla? —dijo Turner.

Su corazón clamaba: «Sí, por favor, venga ahora mismo…», pero lo que pronunció fue muy diferente:

—No es preciso. Ya le he dicho que mañana me sentiré bien.

Después de colgar, el recuerdo de los acontecimientos de la noche anterior cayó sobre ella como una tosa de plomo. Un instante después, tornaba a descolgar el teléfono y marcaba un número;

—¿Carole? Sí, soy yo, Cheryl Wallace… ¿Podría ir a vivir contigo durante un par de semanas? No, no, es que tengo a los albañiles en casa —mintió. Escuchó con ansiedad y habló, conmovida—: Gracias, Carole. Haré mí maleta con lo más imprescindible y estaré ahí dentro de una hora.

Hizo lo que había prometido. Temerosa, recogió apresuradamente algunas prendas de ropa, pidió un taxi por teléfono y abandonó la casa.

* * *

Durante el tiempo que permaneció en casa de su amiga Carole Winters, nada vino a perturbarla. Era como si las fuerzas diabólicas que la habían torturado durante aquellos meses no se atrevieran a actuar cuando Cheryl estaba acompañada.

Sin embargo, Cheryl no olvidó. Temía como al mismo infierno volver a su apartamento, porque estaba segura de que en cuanto volviese los hombrecillos tornarían a aparecer.

Por fin, no tuvo más remedio que hacerlo. Para asegurarse, se hizo acompañar por la fiel Carole. La casa estaba en orden…, vacía de intrusos. Pero cuando Carole se marchó, Cheryl abrió el frigorífico y halló una bandeja con otros diez lingotes de oro.

Esa noche tuvo una horrenda pesadilla. En sus sueños, vio a! hombrecillo con ojos de mosca, que se aproximaba a ella y arañaba furiosamente sus ojos hasta obligarla a retorcerse de dolor.

Cuando despertó, se sintió aterrada al comprobar que... *estaba ciega.* Tocaba sus ojos, ¡os palpaba frenéticamente y chillaba como una poseída. Luego, a ciegas, fue al lavabo y se lavó los párpados con agua fría, sin ningún resultado.

Fue un momento de tremendo pánico, pues a Cheryl le pareció escuchar a su alrededor unos grititos, chillidos y risas burlonas.

Jamás se había sentido más indefensa que en aquella ocasión, pues ahora ni siquiera podía ver a los odiados hombrecillos.

Loca de espanto, corrió al teléfono, pero tropezó y cayó. Era evidente que alguien estaba allí, pues podía escuchar el murmullo de unas risas sofocadas.

Sacando fuerzas de flaqueza, consiguió incorporarse y, tanteando las paredes, alcanzar su dormitorio. Con manos temblorosas descolgó el auricular, marcó desmañadamente un número y aguardó, con ansiedad, antes de comprender... que el *teléfono no funcionaba.*

CAPITULO XI

Torndike miró, lleno de estupor, la botella de brandy... ¡Se había bebido la mitad!

—Sigue, por favor —pidió a Cheryl.

—Poco hay que añadir --respondió ella, con voz cansina—. Estuve ciega durante seis días. El oftalmólogo que me atendió dijo que mi ceguera no era funcional, sino que tenía un origen nervioso. Me sometió a una cura de sueño y cuando desperté, veía perfectamente...

Volvió al trabajo, pero le era imposible poner atención en lo que estaba haciendo. Finalmente, Jeff Turner decidió concederle unas vacaciones.

—Hecho curioso —añadió Cheryl—. Sin que mi voluntad tomara parte en ello, vine a parar a San Francisco. Era lo que ellos me habían ordenado.

Brad respingó sobre su silla, impresionado. Pero él no era un hombre fácilmente sugestionable y consiguió sobreponerse a las emociones que sentía.

-—¿Puedo hablar por teléfono? —preguntó.

Cheryl señaló el aparato sobre una mesita y le miró con un gesto de interrogación.

—Vamos a llegar al fondo de este asunto, sea como .sea —dijo él, con determinación—. De momento, voy a contratar a un detective para que te proteja durante las veinticuatro horas del día. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió, desganadamente. En el fondo, no confiaba mucho en que sus problemas se resolviesen con la simple presencia de un guardaespaldas.

Torndike habló por teléfono. Luego volvió a la mesa y apretó tiernamente las manos de Cheryl.

—Van a enviar a un hombre llamado Ted Harris. El director de la agencia es un buen amigo mío y ha seleccionado al hombre más capacitado. En realidad, me gustaría pasar las veinticuatro horas en tu compañía, Cheryl, pero mi trabajo me lo impide. De todas formas, sé que estarás protegida cuando yo no pueda estar contigo —dijo.

Pero mentía. Torndike no tenía otro jefe que él mismo. Y la verdad era que llevaba dos años sin tomarse unas vacaciones formales. Pero Brad se sentía muy confuso respecto a todo lo que había escuchado de labios de Cheryl, y quería tomarse el tiempo suficiente para poner en orden sus ideas.

Cheryl estaba mirándole fijamente.

—¿Has formado ya una veredicto respecto a mí caso? —preguntó ella de improviso—. Quiero decir... ¿piensas que soy una desequilibrada?

Torndike tragó saliva. ¿Cómo podía dar respuesta sensata, si él mismo se debatía en serias dudas?

Sonrió. Y dijo:

—No poseo fundamentos suficientes para juzgar, aunque personalmente me pareces una persona deliciosamente normal.

Era una fórmula de compromiso, pero Cheryl sonrió, agradecida, y Brad se sintió un poco culpable por abrigar dudas respecto a ella.

Poco después llamaron a la puerta. El mismo fue a abrir y volvió acompañado de Ted Harris, un caballero de unos cuarenta y cinco años, alto y atlético, muy bien parecido —demasiado, en opinión de Torndike—, de cabellos grises y tez morena.

Brad explicó por encima a Harris lo que ambos esperaban de él. El detective asintió con un gesto amable.

—Perfectamente. Confíe en mí, doctor. Cuidaré de la señorita Wallace.

Torndike parpadeó. ¿Por qué sentía aquellos celos repentinos?

—Me marcho, ahora, Cheryl. Confío en venir a verte mañana. Si ocurriera algo, llama a mi consulta: aunque esté ausente, el contestador automático registrará tu llamada. ¿Estás más tranquila? —dijo.

Le hubiera gustado besarla en los labios, estrecharla con fuerza entre sus brazos, pero no en la presencia del apuesto Harris. Nuevamente se sintió celoso.

Cheryl le acompañó hasta la puerta, mientras el detective inspeccionaba por encima la lujosa suite.

—Vuelve pronto, Brad —susurró ella. Y de pronto le besó impulsivamente en los labios. Fue apenas un roce tibio y turbador que logró enardecer al médico. Pero ella le empujó suavemente hacia el pasillo y cerró la puerta.

Torndike dudó un momento. Pero luego echó a andar con decisión, tomó el ascensor y bajó al vestíbulo. Entró en una cabina telefónica y llamó al aeropuerto para reservar un billete para el próximo vuelo a Phoenix. Tuvo suerte: el vuelo 567 de la TWA tenía su hora de partida a las seis de la tarde, con llegada a Phoenix tres horas después. Hizo la reserva, dio el número de su tarjeta de crédito y le dijeron que todo estaba en orden.

Tenía tiempo suficiente para trasladarse a su casa de King's Yard y cambiarse de ropa, algo conveniente puesto que el clima de Arizona es más riguroso que el de California.

Antes de las seis estaba en el aeropuerto. Ratificó su reserva, compró un cartón de cigarrillos en una de las tiendas de la zona internacional y descendió a las pistas cuando oyó la llamada para el vuelo 567.

A las nueve quince el *jet* aterrizaba en Phoenix. Era demasiado tarde para alquilar un automóvil y trasladarse a Las Villas, por lo que decidió posponer aquel viaje hasta la mañana siguiente.

Se hospedó en el hotel Continental, hizo una llamada telefónica para asegurarse de que a la mañana siguiente tendría un automóvil esperándole a la puerta y se tomó un par de whiskies en el bar de] propio hotel, después de tomar una cena ligera.

Sus pensamientos no se habían apartado de Cheryl Wallace ni un solo momento; Durante el viaje había llegado a asumir los hechos: se había enamorado de Cheryl.

A pesar dedo cual, la duda seguía manteniéndole en vilo. Era preciso averiguar si ella había dicho la verdad o todo era mera fabulación de una mujer psíquicamente desequilibrada.

Brad poseía dos pruebas: los lingotes de oro que guardaba Cheryl y la agresión de los hombrecillos que él mismo sufriera a la puerta del *pub*. Pero ¿podían considerarse realmente pruebas?

Por eso había decidido entrevistarse con aquella mujeruca, Brígida, la bruja de Las Villas, El sabría sacarle la verdad: poseía mucha experiencia en el interrogatorio de los falsarios más recalcitrantes.

Aquella noche, Brad Torndike se fue a la cama con la sensación de que no estaba. comportándose correctamente con Cheryl. De todas formas, la curiosidad y la necesidad de no dejarse engañar se impusieron por encima de cualquier consideración de tipo ético.

Hacía las tres de la madrugada despertó bruscamente. En la oscuridad de su dormitorio, aguzó los sentidos tratando de captar la causa de su inquietud. Por un momento, le pareció escuchar el rumor de unas risas sofocadas, lo que le impulsó a encender la luz y a- saltar de la cama.

No sin cierto recelo, registró el cuarto de baño e incluso se asomó al pasillo. No vio nada sospechoso y volvió al ¡echo, donde permaneció unos minutos despierto hasta que enlazó nuevamente el sueño.

Desayunó a las ocho de ¡a mañana, después de haber cambiado algunos comentarios con el conserje nocturno.

—Es curioso —le dijo el empleado--. No es usted el único que me ha hablado esta mañana de esas extrañas risas. Varios de nuestros

clientes despertaron de madrugada por el mismo motivo. He interrogado a los mozos y vigilantes de la planta tercera, pero no conseguí averiguar nada.

En la puerta esperaba a Torndike un «Chrysler» casi nuevo, cuyas llaves habían dejado minutos antes en recepción.

A las nueve se puso en camino. Durante dos horas condujo a buena velocidad hacia el Sur. El tiempo empeoraba por momentos: rachas de viento huracanado soplaban sin cesar en dirección norte y las nubes grises presagiaban una tormenta incipiente.

No se detuvo a hacer ninguna pregunta en la pequeña localidad de Las Villas, Cheryl le había dado instrucciones precisas, por lo que atravesó el pueblo y condujo despacio, camino adelante, hasta el cauce seco.

Y allí no encontró otra cosa que un gran rescoldo negruzco y humeante, No quedaba rastro de las cabañas.

Torndike suspiró.

«Al fin ocurrió lo que era de prever —pensó—. Los supersticiosos vecinos de Las Villas quemaron a la bruja dentro de su madriguera.»

Avanzó unos pasos, echó un vistazo aquí y allá. De repente dio un respingo al ver moverse algo entre la maleza que circundaba los restos de la fogata: una enorme iguana la contemplaba impasible. Torndike hizo un gesto iracundo y el sudario emprendió una vertiginosa carrera a través de los matorrales y desapareció.

Decepcionado, volvió y se detuvo en el único bar de Las Villas. No hizo ninguna pregunta; se limitó a tomar una cerveza y a dirigir disimuladas miradas a los hombres que bebían sus consumiciones con expresión torva. ¿Remordimientos por haber asesinado de forma horrible a la infeliz Brígida…?

Dejó un dólar en la barra de acero inoxidable y se disponía a marcharse, cuando escuchó aquel comentario.

—…eso no cabe en la dura cabezota de un hombre como Hump Riddley, el *sheriff* de Browville: él seguirá pensando que fuimos nosotros quienes prendimos fuego a las chozas de la bruja.

Brad se volvió y miró al individuo que acababa de hablar.

—¿Quién fue, entonces? —se sorprendió Brad a sí mismo, preguntando en voz alta y clara.

Todos le miraron fijamente, entre sorprendidos y encolerizados.

—¿Quién diablos es usted? —gruñó el hombre que había hecho el comentario.

—Brad Torndike, médico de San Francisco —declaró Brad sin dejarse impresionar por las duras expresiones de aquellos individuos. E insistió—: Díganme, ¿quién prendió fuego a la choza de Brígida?

—Unos enanos, unos hombrecillos escapados de algún circo —fue la respuesta—. De madrugada, Miles, el de la gasolinera, vio las llamas y nos despertó. Fuimos unos cuantos con un coche contra-incendios. Cuando llegamos allí, cinco enanos bailaban y chillaban alrededor de las llamas. Tratamos de agarrarlos, pero escaparon como sabandijas en la oscuridad. En cuanto a la vieja..., estaba convertida en un pedazo de carbón. Riddley se ha llevado el cadáver a Browville.

Torndike no hizo ningún comentario: se sentía demasiado impresionado para poder hablar.

El hombre que acababa de hablar se aproximó a él y le dijo rudamente:

—Y ahora, amigo, será mejor que se marche. Nuestros ánimos no están como para soportar la presencia de curiosos intrusos, ¿entiende?

—Entiendo —respondió Brad. Y se marchó.

CAPITULO XII

La mala suerte se había cebado en él en el viaje de vuelta a San Francisco. El mal tiempo fue la causa de que su avión no despegase del aeropuerto de Phoenix hasta las ocho de la noche. Volando ya sobre California, el comandante de la aeronave les hizo saber que los aeropuertos de Los Angeles y San Francisco estaban bajo mínimos como consecuencia de la espesa niebla. Tuvieron que hacer tiempo en el aire, consumiendo combustible, para poder tomar tierra en un distante aeródromo militar llamado Cameron Fields.

Cuando un autocar de la compañía aérea le dejó ante su casa de King’s Yard, eran ya casi las dos de la madrugada.

De todas formas, Torndike llamó por teléfono al hotel Sheraton para informar de su llegada a Cheryl Wallace. Pudo escuchar las llamadas del aparato repetidas veces, pero al otro lado no contestaron.

«Debe estar durmiendo», imaginó. Y no se decidió a seguir llamando.

Se fue a la cama un poco inquieto. Pero se sentía cansado y durmió de un tirón hasta las diez de la mañana. En cuanto abrió los ojos y miró el reloj, se alzó de un respingo, sintiéndose culpable por haber dormido tanto.

Todavía adormilado, marcó el número de Cheryl. Pero fue inútil, porque tampoco en esta ocasión le contestaron.

Entonces comenzó a preocuparse seriamente. ¿Es que a Cheryl se le había antojado hacer uno de sus repentinos viajes

Llamó a conserjería.

—La señorita Wallace está en el hospital. Unos individuos consiguieron penetrar subrepticiamente en su habitación... Cuando los empleados oyeron los gritos y acudieron en su auxilio, la señorita Wallace estaba tendida en el suelo y sangraba por boca, nariz y oídos. Inmediatamente, una ambulancia la trasladó al State Hospital. Por desgracia, no fue posible atrapar a los individuos que la atacaron,

Torndike palideció.

—Pero ¿y Harris? —gritó—. Me refiero al detective que estaba con ella en la habitación. ¡El estaba encargado de protegerla!

—¿Harás, Ted Harris? —exclamó el conserje—. Debe ser el individuo que se arrojó al vacío desde la planta séptima.

—¿Se arrojó al vacío? —preguntó Brad, espeluznado,

—-Eso fue lo que opinó la policía. Ese. hombre, Harris, estaba borracho, doctor Torndike. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Brad colgó bruscamente, sin darle las gracias. Apresuradamente, se afeitó, duchó y vistió y poco después conducía su «Lancia» hacia el State Hospital.

No le permitieron entrevistarse con Cheryl, a pesar de su condición

de médico. Rabioso, disgustado e intranquilo, volvió a su casa donde telefoneó a su recepcionista, señorita Leighton, para anunciarle que suspendía su consulta hasta nuevo aviso. Seguidamente hizo una nueva llamada, ésta dirigida a Lennox Davis, capitán de policía afecto al comisario general de San Francisco.

Tras de un rápido saludo, Torndike que fue directo al asunto.

—Estoy seguro de que Ted Harris no se suicidó --dijo—. El director de esa agencia de detectives es un buen amigo mío y me recomendó a Harris por su capacidad y honradez profesional...

—¿Qué estaba haciendo Harris en el hotel Sheraton? —quiso saber Davis.

Torndike se lo explicó por encima. Luego, sin freno ya, habló y habló sin reservas hasta que el policía le detuvo,

—¡Espera, espera, Brad! Todo eso que me dices es... increíble. ¿Por qué no vienes a mi despacho? Aquí hablaremos con más tranquilidad —le propuso.

En ayunas, Brad se trasladó a la comisaría, Lennox Davis le dirigió un vistazo en profundidad, le invitó a sentarse y pidió dos tazas de café,

—Muy bien —propuso el policía—. Quiero que me lo cuentes todo serena y razonadamente.

Brad Torndike habló durante mucho tiempo. Ponía en sus palabras la mayor fe y toda la convicción del mundo. A pesar de lo cual, no pasó por alto la expresión de incredulidad de Davis a medida que avanzaba en su relato.

Cuando calló, ya rendido por el vigoroso esfuerzo oral, Lennox Davis movió la cabeza y dijo;

—Yo no creo en brujas y duendes, Brad. Y tú tampoco. Todo esto tiene que tener una explicación lógica. Ahora ya tengo todos los datos que podías darme. Ve tranquilo a tu casa. Encontraremos a esos cinco enanos, antes o después.

Torndike se levantó de su silla. Sabía que no podía hacer más; Lennox Davis se ocuparía del asunto en la medida de sus fuerzas y, desde luego, siempre desde un punto de vista práctico y concretó.

Volvió a su casa y sufrió mucho durante largas horas de espera. Hasta que, al día siguiente, le comunicaron que tenía autorización para visitar a Cheryl Wallace durante media hora.

Eran las once de la mañana. Torndike avanzaba por un pasillo y su único interés era entrevistarse con Cheryl y comprobar que ella estaba fuera de peligro.

Una enfermera le abrió una puerta. «No la fatigue, por favor. Treinta minutos». Y allí estaba Cheryl, muy pálida, pero consciente y animosa.

Se inclinó, tomó sus manos y las besó. Ella rozó en un cálido mimo las mejillas del hombre.

—He padecido tanto por ti... —dijo el hombre.

—Lo sé —respondió ella—. Yo ¡o pasé muy mal cuando... los hombrecillos lanzaron a Harris por la ventana. ¡Y no eran cinco, sino ocho...!

—¿Ocho enanos?

—Sí. Y ahora estoy más segura que nunca de que

Jean tenía razón al sentirse aterrorizada. ¿No lo comprendes, Brad? Esa banda de malignos hombrecillos está compuesta por los cinco hijos de Tuesday Chester y los' tres de mi hermana.

Torndike tragó saliva.

—Cálmate, Cheryl —rogó—. Lo que acabas de decir es absurdo. Las criaturas que parió tu hermana... sólo tendrían tres años. Y a esa edad...

Una intensa vibración recorrió el cuerpo de miss Wallace.

—¿Cómo podría explicártelo, Brad? —gimió—. Ellos no son como nosotros. Recuerda lo que dijo Brígida: «Son seres de otro mundo...»

—¿Extraterrestres? —inquirió Brad, estupefacto.

Cheryl tardó en responder. Su rostro, transido de angustia, exudaba copiosamente y las aletas de su fina nariz se dilataban, anhelantes.

—Sí, eso es lo que pienso —confesó al fin—. Tuesday y Jean fueron a un punto situado en las proximidades de Gray Rocks y ¡ penetraron

en el mar!

Cheryl se agitaba, muy inquieta. Brad la tomó por las muñecas y la besó con ternura.

—Olvídate de todo eso —susurró—. Yo me ocuparé de todo. Sólo tienes que hacer una cosa: recuperarte. Escucha, he hablado con el capitán Davis, de la policía. Ellos pondrán luz en este tenebroso asunto. Te lo ruego, Cheryl: olvídate de todo eso.

—Lo intentaré —asintió ella, con una débil sonrisa.

Pero...

* * *

Las cosas ocurrieron así: el día 22 de noviembre, Cheryl Wallace fue dada de alta en el State Hospital.

En el aparcamiento, el sargento Warner y el teniente Prentiss ocupaban un coche policial sin distintivos, desde donde vieron salir a miss Wallace. Advirtieron que ella se dirigía a un pequeño «Rambler» azul estacionado a veinte metros. La bella y estilizada mujer caminaba como un autómata, pero abrió la puerta del «Rambler», se instaló en su interior y arrancó. En aquel momento, los dos detectives podrían jurar que nadie más viajaba con ella en el automóvil azul.

—Llama al doctor Torndike —indicó el teniente Prentiss a su compañero—. Dile que mantenga su radio en nuestra onda.

Prentiss arrancó, mientras el sargento Warner obtenía la comunicación a través de la radio.

Rodaban ya en persecución del «Rambler» cuando llegó la respuesta del doctor Torndike.

—Estoy dispuesto y tengo la radio conectada. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Autopista del Norte, doctor. Permanezca atento. Le iremos dando nuestra posición cada dos o tres minutos —precisó el teniente Prentiss.

—Se lo ruego encarecidamente, Prentiss: ¡no la pierdan de vista! —exclamó Torndike.

—Tranquilícese. No se nos escapará.

El «Lancia» de Torndike volaba hacia el norte. Siguiendo las instrucciones del teniente Prentiss, hubo de aflojar la marcha para no alcanzar la salida Norte de San Francisco antes de que el «Rambler» azul v el 'Lincoln» negro de la policía llegasen a aquel punto.

Desde lo alto de un paso elevado distinguió al Rambler». El coche de Prentiss le iba a la zaga, quince metros detrás.

Luego todo fue correr a noventa millas por hora a lo largo de la autopista.

—Se desvía a la izquierda, hacia Moldown —advirtió Prentiss— Síganos. Y Torndike tomó el paso inferior para seguir hacia Moldown.

Pronto se hizo de noche. Brad, con todos los sentidos alerta, rodaba a una distancia peligrosamente próxima al «Lincoln» de la policía.

Seguían ahora un camino rocoso y árido y el coche en el que viajaba Cheryl daba tumbos y más tumbos en dirección al acantilado.

Gray Rocks. Ya estaban allí. Sobre el cielo brumoso, apareció un destello lunar que iluminó medrosamente los raros relieves de las rocas.

—Se ha detenido. ¡Abandona el coche! —se oyó la voz del sargento Warner a través de la radio.

Torndike estuvo a punto de embestir por detrás al coche policial. Cortó el contacto, apagó las luces y se echó fuera del vehículo.

Segundos después se reunía con los dos policías. Justo en el momento en que los negros nubarrones cubrían completamente el disco plateado de la luna y las tinieblas se espesaban sobre el acantilado.

—¡Maldita sea! —gruñó Prentiss—. Debimos traer un foco portátil. Vamos, doctor, síganos.

Avanzaron a saltos por encima de las abruptas rocas. Abajo, el mar se agitaba y rugía sonoramente y el viento soplaba, helado, arrancando silbidos de las aguzadas rocas.

-—No veo nada —murmuró Brad, cuando Warner le detuvo al borde de los acantilados. Si no le hubiera sujetado, Torndike se

hubiera despeñado, pues no distinguía el menor relieve en la casi completa oscuridad.

Entonces, súbitamente, surgió de nuevo la luna. Su luz fría e hiriente arrancó destellos de las crestas de las olas y formó sombras tan densas como la tinta china.

—¡ Allí! —siseó Prentiss.

Brad miró hacia abajo y vio a la mujer. Parecía increíble que Cheryl hubiera sido capaz de descender el brusco y peligroso acantilado en poco más de un minuto, pero allí estaba ella, en la pequeña y casi estrangulada playa, caminando decidida hacia los húmedos rompientes donde las olas estallaban con espectacular potencia.

—¡Cheryl! —quiso gritar Brad, pero Prentiss, que le vigilaba, le tapó los labios con un brusco manotazo.

Contenidas las respiraciones, aguardaron. Torndike se debatía como un loco entre los brazos del policía, pero Prentiss tenía mucha experiencia a la hora de inmovilizar a un hombre.

Así vieron cómo Cheryl se arrojaba decididamente al agua y las olas la engullían en un torbellino de espuma plateada. Justo en aquel momento vieron surgir el resplandor azulado del fondo del mar, a una distancia de media milla. Tres dedos luminosos avanzaron hacia la costa y luego, lentamente, retrocedieron y el fulgor se apagó. Coincidiendo con ellos, las nubes, caprichosas, cubrieron nuevamente la luna y todo quedó en penumbras.

* * *

Un enorme sector del panel azulado se abrió y Cheryl notó que el agua irisada la arrastraba hacia allá. Una burbuja transparente, de blanda consistencia, la rodeaba.

«¿Por qué no me he. ahogado?», pensó, Y notó que. podía respirar libremente.

Detrás de ella resonó un clamor metálico. Quiso volverse y advirtió que se encontraba en un amplio receptáculo esférico, iluminado por una luz clara y fosforescente, La esfera estaba llena de agua, pero en seguida notó que el nivel descendía hasta que la redonda estancia quedaba seca, estanca.

Una sustancia gelatinosa resbaló sobre sus hombros y la burbuja se

fundió.

La frialdad del agua le había devuelto la consciencia. Y ahora sabía, plenamente, que estaba perdida. No tenía que hacer preguntas : ella sabía dónde estaba. «Muy cerca del trono del diablo», como había dicho Jean.

Hubo un silbido prolongado y doloroso y la esfera se abrió.

Ocho hombrecillos, ruidosos y saltarines, penetraron en la esfera azul y la rodearon. Sus muecas y sus gestos eran más horribles que nunca y Cheryl se estremeció al sentirse tocada y manoseada,

—Por caridad —murmuró, al sentirse impulsada hacia la abertura por donde habían penetrado los enanos. Pero ellos rieron, se reunieron en corro, cuchichearon y se revolcaron sobre el curvado piso.

Uno de ellos se separó del grupo, se inclinó en cómica reverencia y dijo:

—Ven con nosotros. El Gran Semental te está aguardando.

Naturalmente, el pequeño ser no movió los labios al hablar.

Súbitamente, los ocho la rodearon y la empujaron Cheryl dejó escapar un chillido y cayó al suelo.

No importaba. Aunque se sentía al borde del desmayo, advirtió que el suelo se movía y que su cuerpo avanzaba rápidamente a lo largo de un tubo cilíndrico iluminado fantásticamente.

Nada de lo que veían sus ojos era familiar: ni el resplandor espectral que parecía surgir de ningún sitio, ni las formas curvas, ni los objetos destellantes, carentes de relieve, que iban quedando atrás.

Al final del tubo, una plataforma la elevó tan velozmente que Cheryl experimentó la angustia del vértigo.

Luego, de repente, la plataforma sé detuvo y un fulgor insoportable hirió sus ojos.

—Ya está aquí, papá —dijo alguien.

Cheryl parpadeó. Se esforzaba en acostumbrar sus ojos a la poderosa luminosidad evanescente, pero apenas podía lijar los límites de la anchurosa estancia circular en la que se hallaba.

Se movió, apoyó las manos sobre el tibio pavimento metálico y trató de incorporarse.

—Ven hacia mí, Cheryl —vibró la ronca voz como si cien ecos la repitieran al mismo tiempo.

Hizo pantalla con la mano y miró hacia el lugar de donde provenía la voz. Y entonces le vio.

Era horrendo. Estaba sentado bajo una alta cúpula de metal dorado —¿o de oro macizo?—, con las débiles piernas cruzadas como un Buda.

Tenía una remota apariencia humana, pero en realidad no era otra cosa que una criatura horrible, de blanca y fofa piel moteada cayendo a grandes pliegues sobre el inmenso vientre,

«Parece un sapo», pensó Cheryl, contemplando aquel ancho rostro con triple papada, en cuyo centro los enormes ojos de mosca se movían estrábicamente sin el menor fulgor. Pequeños y débiles brazos semejantes a los de un niño raquítico jugueteaban distraídamente con una de las grandes orejas propias de un proboscidio.

Cheryl sintió unas terribles nauseas.

«Dentro de un segundo comenzaré a vomitar», temió.

Pero la voz dejóse oír por segunda vez.

—Acércate, Cheryl. Es una gran honor para ti: has sido designada una de las mujeres de la Tierra, capaces de darme hijos que podrán vivir sobre, tu bello planeta —los ojos compuestos se movieron en distintas direcciones—. Créeme, yo no obtengo el menor placer con ello, pero es mi deber: debo hacer lo posible por evitar que mi raza se extinga.

Cheryl tragó saliva. ¡Entregarse a semejante monstruo para...!

—¿De dónde..., de dónde venís? —articuló desmayadamente. Pero su voz halló ecos horrísonos bajo la enorme bóveda metálica.

—Es inútil que responda, Cheryl. Tu comprensión es muy limitada y nada entenderías, aunque yo me esforzase en explicarte. Ven,., acércate. Piensa sólo en el gran honor de criar a mis hijos en tu vientre.

Cheryl contemplaba, horrorizada, la enorme masa gelatinosa de aquel extraño ser. ¿Cómo librarse de lo que parecía inevitable...?

La idea que surgió en su mente sólo era producto de la desesperación.

—Sería inútil, señor —dijo, esforzándose en conservar un ápice de serenidad—. Durante cinco días seré absolutamente estéril. ¿O no conocéis las singularidades de las mujeres de mi raza...?

Los enormes ojos de mosca giraron locamente.

—Ah, ya: la menstruación, ¿es eso?

—Sí —respondió Cheryl con una pizca de esperanza.

Transcurrieron unos segundos. Luego el monstruo movió vagamente sus cortísimos brazos y dijo;

—Volverás aquí, Cheryl, cuando lleguen tus días fértiles volverás... No podrías negarte.

—Sí —dijo Cheryl. Y comprendió que, aun en contra de su voluntad, volvería a aquel lugar, tarde o temprano, pues aquel ser se había apoderado de su voluntad misteriosamente.

—Lleváosla ahora —ordenó el monstruo. Y sus pequeños hijos saltaron sobre ella, la agarraron por los cabellos y la arrastraron hasta la plataforma.

* * *

—¡Está allí! —gritó Torndike, señalando los rompientes.

Corrieron hacia ella, la tomaron por los brazos y la llevaron en volandas hasta el abrigo de la caverna.

—¿Te han...? —murmuró Brad, temblando de rabia y de miedo.

—No —respondió ella con extraño acento—. Logré..., logré convencerle de que no podía concebir. Dije que...

—Comprendo —la atajó Torndike, con rudeza—. Ven, te sacaremos

de aquí.

Los tres hombres la ayudaron a trepar por las húmedas rocas y luego la metieron en un coche y se alejaron.

CAPITULO XIII

—Voy a ir a Gray Rocks. Y ni tú, Lennox, ni todos los policías del mundo podrán impedírmelo —afirmó Torndike, ceñudo.

—Es peligroso —insistió Davis—. Podrías...

—Ya sé todo lo que me puede ocurrir, pero tengo que comprobarlo o me volveré loco —dio la vuelta bruscamente, miró a Lennox y a los dos detectives y cogió el cigarrillo que había dejado en el cenicero—. He permitido que interrogaseis exhaustivamente a Cheryl, he autorizado el detector de mentiras... Vosotros sabéis que ella ha dicho la verdad. Y yo también. Pero sea lo que sea, he de verlo con mis propios ojos.

Davis vaciló. Sin embargo, comprendía que el doctor Torndike iría a Gray Rocks por las buenas o por las malas. Y puestas las cosas así...

—Muy bien —se puso en pie e introdujo los pulgares bajo el cinturón—. Iremos todos. Prentiss, consíganos un bote inflable a motor y unos cuantos equipos de hombre rana —ordenó.

—Sí, señor —respondió el teniente. Y abandonó el despacho.

* * *

El mar estaba encrespado, pero la lancha a motor se separó del acantilado, galopó sobre las olas y se apartó de la orilla.

A media milla de distancia, Torndike se ajustó el respirador de la escafandra autónoma y miró a los tres hombres rana. Uno de ellos llevaba una cámara fotográfica submarina provista de *flash.*

A una señal de Brad, los cuatro hombres se dejaron caer de espaldas y se zambulleron. La fuerte marejada les desplazó algunos metros, pero ellos nadaron hacia el fondo y la violencia de las aguas cedió.

Descendieron unos veinte metros y vislumbraron la línea difusa del fondo marino. Brad consultó su brújula alzó el brazo y nadó a ras de

tierra, mar adentro.

Cruzaron un bosquecillo de algas de más de diez metros de altura y de repente divisaron la insólita luminosidad azul.

Se produjo un momento de estupor; los cuatro hombres se detuvieron, vacilantes.

Pero Torndike no podía vacilar ahora. Tenía miedo; es más, se sentía aterrado, pero siguió adelante y sus tres compañeros le imitaron.

Lentamente, apartando con cuidado las largas cuerdas de las algas, avanzaron hacia el punto donde fulgía la espectral luz azul.

El fondo marino descendió abruptamente unos quince metros. Desde el bosque de enredadas algas, lo vieron.

Era un enorme fuselaje en forma de redondeada punta de lanza, de casi cien metros de longitud. No se distinguían aberturas en su superficie, que brillaba metálicamente, y sin embargo expandía una claridad lechosa suficiente para iluminar cincuenta metros a la redonda.

El cuerpo estaba parcialmente enterrado en el fango del fondo marino, pero ni un soto pez se vislumbraba en las cercanías del extraño objeto de armoniosas formas aerodinámicas.

Torndike nadó temerariamente hacia adelante hasta tocar aquella superficie con sus dedos. Inmediatamente, notó con gran estupor que un vahído le dejaba sin fuerzas y perdió la noción de las cosas.

Cuando volvió en sí, oyó próximo el incesante fragor de las rompientes.

—¡Al fin! —exclamó Prentiss, aliviado—. Echadle una mano y larguémonos de aquí. Este no es un caso para la policía, sino para el Pentágono.

* * *

Las unidades de la Armada alcanzaron la costa al amanecer. El viento estaba en calma y el litoral de Gray Rocks aparecía cubierto por una bruma densa que difuminaba el relieve de los acantilados.

Con la excusa de llevar a cabo unas maniobras navales, toda la zona había sido despejada durante la madrugada en una longitud de diez millas. No se permitía la navegación en el área marcada y la costa estaba guardada celosamente por unidades especiales de los *marines.*

En lo alto del acantilado se había establecido el Estado Mayor de operaciones. Lo componían dos vehículos cuartel, dos enormes emisoras autopropulsadas y una estación de radar, móvil.

En el interior de uno de los habitáculos sobre ruedas se encontraba el doctor Brad Torndike. Estaban también el capitán Lennox Davis, el teniente Prentiss y el sargento Warner.

A todos les habían ofrecido café y licores y ahora bebían en silencio las calientes infusiones, mientras seguían con atención los movimientos del general Milford y de sus tres ayudantes, que se comunicaban constantemente por radio con los navíos de la Armada.

—El radar del portaaviones *Freeland* acaba de situar la posición de ese objeto —avisó el general Milford en voz alta-—. Tenía usted razón, doctor Torndike. La distancia a la costa es de ochocientos cincuenta metros y la profundidad de treinta y cinco.

Brad dejó el vaso de café sobre un estante y se aproximó vivamente al general Milford.

—¿Qué van a hacer ustedes? —preguntó con ansiedad.

Milford sonrió con esa seguridad tan propia de los militares experimentados.

—El portaaviones *Freeland* se alejará tres millas para cortar la retirada hacia el Oeste. En seguida se aproximarán los destructores *Falcan, Manchester y Mediterranean,* mientras dos submarinos hacen guardia en inmersión, zonas Noroeste y Suroeste. Tenemos también seis rápidas cañoneras dotadas de misiles, pero nuestra intención es capturar esa «cosa»…, aeronave, astronave o lo que diablos sea… sin destruirla. Tenemos un equipo de hombres rana muy experimentados colocando pesados lastres magnéticos sobre las planchas de ese OVNI y dentro de unos minutos intentarán inmovilizarlos con redes y cables de acero. También tenemos los veloces cazas del *Freeland,* pero si tratan de escapar, destruiremos el OVNI —explicó.

Entonces pareció advertir la intranquilidad de Torndike. Y dijo:

—No se preocupe, doctor. El OVNI no escapará. Lo tenemos absolutamente copado. Tómese otro café, una copa de brandy... Es posible que la operación se alargue más de lo calculado.

Torndike volvió junto a Davis y sus detectives. En aquel momento, del exterior llegaron unos gritos excitados. E inmediatamente se oyó el tableteo de una metralleta. .

—Warner, vaya a averiguar qué ha ocurrido —indicó Davis, tenso.

Aguardaron expectantes la vuelta del policía. Warner llegó a la carrera.

—Un centinela descubrió a algunas personas que trataban de alcanzar los acantilados. Les dio el alto, pero los desconocidos no se detuvieren y disparó. Dice que eran unos hombrecillos...

Davis, Torndike y Prentiss cambiaron una mirada significativa. Inmediatamente, Davis pidió un foco portátil y dijo:

—Vamos a echar una ojeada.

Aunque no le habían invitado, Torndike siguió a los policías hasta el pretil rocoso.

Davis encendió el foco y dirigió el potente haz luminoso hacia abajo. Algo se movió allí, entre las grietas profundas y las rocas erizadas: unas diminutas siluetas ridículamente vestidas.

—¡Alto, alto, deténganse! —gritó Davis con voz estentórea. Pero aquellos pequeños hombrecillos continuaron su descenso, saltando ágilmente de roca en roca.

Torndike pudo escuchar perfectamente aquellos agudos grititos inquietantes:

—¡Papá, Papá, PAPA!

—i Dios mío! —susurró Brad, impresionado.

Pero Davis puso el foco en manos de Warner, arrancó de sus manos la metralleta que empuñaba éste, alzó el arma y disparó.

De abajo llegó un gemido impresionante. Y otra vez:

—Papá, papá..., PAPA!

Uno de aquellos cuerpecillos cayó al vacío y luego rebotó espectacularmente de roca en roca hasta quedar inmóvil sobre la húmeda arena.

Pero los restantes siete hombrecillos cogieron su cuerpo y penetraron en el alborotado mar.

Inmediatamente, dos largas líneas luminosas de intenso color azul brotaron de las profundidades marinas y lamieron la playa.

Davis, lleno de estupor ante aquel fenómeno, dejó de disparar.

Lentamente, los trazos azulados retrocedieron y se extinguieron.

En aquel preciso instante comenzaron a sucederse los acontecimientos.

De improviso, el mar se agitó en gigantescas olas, como si en el fondo acabase de producirse un potente seísmo.

Simultáneamente, las profundidades del océano adquirieron un fulgor fantástico en toda la extensión que abarcaba la vista. Una cañonera vino cabalgando sobre una oía y se estrelló fulminantemente contra los rompientes. Por un momento, fragmentos de la embarcación saltaron destrozados en todas direcciones. Luego, un golpe de mar arrastró los restos del naufragio y los disgregó en todas direcciones.

Lennox Davis pronunció una maldición y retrocedió. Torndike y los dos detectives le siguieron hasta el puesto de mando.

De un vistazo, Torndike pudo apreciar que el general Milford tenía el rostro sudoroso y transido.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó el médico en un susurro.

—El OVNI ha roto fácilmente los cables de tres pulgadas que le sujetaban al fondo —respondió el militar, preocupado—. Acabo de dar orden a los destructores para que den una pasada y larguen cargas de profundidad. ¡ No permitiré que escape! —agregó, rabioso.

Desde la parte trasera del vehículo se dominaba perfectamente el mar. Sugestionado, Torndike se apostó allí y miró.

El resplandor que surgía del fondo del océano iba en aumento. La luz era ya tan potente que podía perforar las densas brumas e

incluso iluminaba claramente el acantilado.

Sobre aquel decorado espectacular, tres destructores avanzaron en fila, en dirección paralela a la playa. En aquel momento, los senos del mar reventaron y un surtidor líquido se elevó a ochenta metros de altura.

Veloces, los destructores llevaban a cabo su pasada, lanzando las cargas sin solución de continuidad. El mar, brutalmente agitado ahora, ofrecía una visión apocalíptica.

A pocos metros, el general Milford se desgañitaba solicitando a gritos que los bombarderos del portaaviones despegasen inmediatamente.

Entonces se dejó oír aquella tremenda vibración que hería los oídos. Del fondo del mar surgió una silueta azul, que brillaba como un ascua. El último destructor trató de virar con urgencia para evitar la colisión, pero la . insólita nave azul le alcanzó por la popa y le hizo zozobrar en escasos segundos.

El estruendo ensordecía y Torndike se llevó las manos a los oídos. El vehículo en el que se hallaba comenzó a vibrar y la cafetera que estaba sobre la cocina de campaña cayó al suelo y se destrozó.

A cuatro millas de distancia, dos escuadrillas de «Phantom-X» acababan de ponerse en el aire y viraban ya hacia la costa.

Torndike, obsesionado, seguía los movimientos del OVNI aunque el intenso fulgor le obligara a lagrimear.

¿Qué ocurría?

La astronave azul patinaba sobre las olas, se elevaba unos metros, volvía a caer, arrancaba monstruosos surtidores de agua del océano...

¡Se alejaba, se alejaba....! Trataba de ganar el mar abierto.

Pero en su trayectoria estaba la enorme mole del portaaviones *Freeland.*

Torndike contenía el aliento y continuaba en su puesto, impertérrito, aunque el pánico atenazase su garganta.

El OVNI estaba elevándose majestuosamente. En un segundo pasaría por encima del *Freeland* y se perdería en la inmensidad del firmamento.

Como flechas de plata, dos «Phantom-X» aparecieron entre las grises nubes. Se oyeron claramente los sonoros «BANG» que anunciaban que los aparatos acababan de atravesar el *match 2.*

Los aviones se dirigían a interceptar el OVNI, era evidente.

«¡Esos locos! —pensó Torndike—. ¿Es que piensan hacer el papel de *kamikazes*?»

La astronave azulada acababa de cruzar sobre el portaaviones a velocidad increíble. Y en aquel instante se vieron los fogonazos anaranjados de los misiles lanzados por los «Phantom-X»... ¡Dos, cuatro, seis, doce misiles brotaron como centellas bajo las alas de los bombarderos!

Surgió un gran destello azul en el firmamento, que fulgió durante un segundo espectacularmente. Todavía no se había extinguido el formidable resplandor cuando se oyó la horrísona explosión.

Detrás de Torndike, el general Milford apenas podía disimular su excitación.

—¡Le dimos, le dimos! ¡Ya decía yo que no se nos escaparía ese engendro del diablo! —exclamaba.

Todo había terminado. En el mar, las unidades de la Armada acudían al salvamento de los náufragos del destructor *Mediterranean,* al tiempo que el horizonte comenzaba a iluminarse hacia a Levante con la tenue luz del amanecer.

Torndike suspiró. Alguien puso en su mano una copa de brandy y dijo:

—Tómese eso, doctor. Creo que todos merecemos un trago.

Alrededor de Torndike todo era júbilo y satisfacción. Pero él todavía se sentía un tanto inquietó... ¿Era posible que, definitivamente, hubiera terminado la pesadilla? ¿Podían contar con la seguridad de no tropezar con otros hijos o hijuelos del «diablo»?

Lennox Davis le golpeó amistosamente en ¡a espalda

y dijo;

—¿Vienes, Brad? Creo que nos hemos ganado a pulso unas horas de descanso.

Torndike le siguió en silencio.

Ya se disponían a subir al coche de Davis, cuando les detuvo el general Milford.

—Tengo que pedirles algo, señores.

—¿De qué se trata? —preguntó Brad.

—Es preciso que guarden silencio. Ya saben: noticias como ésta pueden desatar el pánico entre las masas. ¿Puedo contar con su colaboración?

—Callaré —respondió Torndike—. Lo mejor de una historia como ésta es olvidarla.

—Se lo agradezco de veras. Buenas noches. Les deseo un feliz descanso.

Subieron al coche. Apenas acababan de alcanzar la carretera cuando un motorista del Ejército les dio alcance.

-—¿Doctor Torndike? —dijo. Y saludó—. Siento molestarles, pero le traigo un recado de parte del general Milford. Los tripulantes de una cañonera han encontrado el cadáver de una mujer flotando sobre el mar. Desde Juego, no constituye un espectáculo agradable, pues el cuerpo está casi momificado. El general quiere saber si tienen ustedes alguna idea de quién puede tratarse.

Torndike tenía una idea.

Algunas horas más tarde se demostraría que había acertado plenamente. El cadáver hallado en el mar era el de Jean Wallace.

CAPITULO XIV

—Hoy puedo darte una respuesta concreta —dijo Brad Torndike—. Estás mentalmente sana, Cheryl Wallace.

Se había retrasado un poco con la excusa de encender un cigarrillo, aunque en realidad estaba recreándose en la bella y rotunda silueta de Cheryl Wallace, enfundada en elegantes pantalones gris perla y un suéter de lana, que realzaba deliciosamente su proporcionado busto.

Ella se detuvo, le miró y sonrió. Luego prosiguieron el paseo.

—Si no necesito ya los cuidados de un psiquiatra, tendré que volver a Chicago —dijo ella.

Brad se detuvo bruscamente. Su ceño estaba fruncido y su expresión traslucía sorpresa y disgusto.

—¿Eso es todo? —preguntó él, con reproche.

Cheryl se adelantó unos pasos para que él no pudiera ver su burlona sonrisa.

—Bueno… Tengo veintisiete años, Brad. No soy una chiquilla y tengo un carácter bastante conservador. Verás, querido Brad: me disgustaría enredarme en una aventurilla circunstancial. Después de estos terribles meses de angustias y pesadillas, necesito sentirme protegida, segura… —dijo.

El la detuvo con fuerza por un brazo.

—Ya veo… Consideras que yo no soy el hombre capaz de darte todo lo que tú necesitas —dijo Brad, dolorido.

Cheryl se volvió y le miró. Ya no podía resistir más, se le quebraba el corazón al comprender que Brad estaba sufriendo y se abrazó a él impetuosamente.

—Aunque buscara en los cielos y en el último rincón de la Tierra, no encontraría un hombre más bondadoso que tú —dijo ardientemente.

La expresión del hombre se despejó.

—Soy un hombre tímido, Cheryl —dijo.

—También yo soy tímida —repuso ella.

—¡ Pero daré el primer paso! —se decidió él.

Y la estrechó con fuerza y la besó frenéticamente. Alguien rió tras ellos y Brad aflojó el abrazo y se separaron para seguir paseando al

tibio sol de la mañana decembrina.

—Nos casaremos —dijo él—. No te dejaré volver a Chicago.

—Pero Jeff Turner espera la colección Primavera - Verano...

—Puedes hacerle ese trabajo aquí. Pero será el último.

—Bien. Y...

—El oro. Debes deshacerte de él —sugirió Torndike.

—Ya lo he hecho. Ferguson, el notario, se ha hecho cargo de todo. Vamos a conseguir que Bert sea liberado, vamos a darle un hermoso camión y también una cómoda casa para que pueda llevar a ella, pronto, a una linda muchacha. También organizaremos una fundación que se encargue de defender los casos criminales más oscuros, y un albergue para ex presidiarios. Y,.,

Brad la detuvo de un leve tirón y volvió a besarla.

—Eres maravillosa —dijo.

—Y tú.

Caminaron. Un turbio recuerdo nubló la cara hermosa de Cheryl.

—Fue una pesadilla horrible, unos momentos abominables —murmuró,

Pero él volvió a abrazarla.

—Tú lo has dicho; todo eso *fue.* Pero tú y yo *somos.* Yo conseguiré que olvides todo. ¿Confías en mí? —preguntó.

—Sólo en ti —respondió ella. Y apretó firmemente la mano del hombre.

FIN

[1] Nombre familiar que los californianos dan a la ciudad de San Francisco